



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 19 Febrero 1914.-Número 8.

ESTABLECIMIENTO  
Rivadavia, 1.181  
BUENOS AIRES

## En un asilo religioso de Buenos Aires Niña de siete años violada

(CONTINUACION)

*La Vanguardia* de los días 12 y 13:

### MAS ANTECEDENTES DEL CRIMEN

«Según la narración algo fragmentaria y sin unidad, que hace la niña Etcheverry—cosa explicable dado el estado y la edad de la criatura—el atentado de que ésta fué víctima debió consumarse al anochecer.

### LA HERMANA BERNARDA,

dice la niña, la llevó al fondo de la casa, dejándola sentada en un baúl. Salí entonces el «diablo» y la lastimó, tapándole la boca para que no gritara, y saltando luego por una ventana.

Mientras la pobre criatura caminaba á duras penas, dirigiéndose del fondo á las piezas del centro, la hermana Bernarda fué á su encuentro, fingiendo tener miedo del «diablo».

Inmediatamente, la «hermana» la hizo acostar. Al día siguiente fué al asilo el doctor Sobre Casas, quien dijo que la niña se hallaba en grave estado.

### ¿QUIÉN ERA EL DIABLO?

Parece que era cosa sabida por todas las niñas que en la casa, al fondo, había un «diablo», detalle sintomático que revela las posibles felonías de ese «genio del mal», tan insensible ante la debilidad y la inocencia de una criatura, en un asilo donde hay, ó ha habido hasta ahora, muchas niñas de 12 á 14 años.

Además de la «hermana» Bernarda, los que acaso puedan dar noticias del «diablo» del asilo son el «padre» Beldassare y el «padre» Manuel, que parecen conocer bien la casa.

Como un detalle que pueda conducir al descubrimiento del autor del nefando crimen, diremos que él procedió en una semiobscuridad, y que no dirigió ni una palabra á la niña, tal vez temiendo ser reconocido, aun por el rudimentario sentido auditivo de una criatura de corta edad como su víctima.

*La Vanguardia* del día 14:

### DECLARACIONES IMPORTANTES

Nada más grave que las declaraciones del Sr. Abel S. Botti, vecindado cerca del domicilio de la madre de la pobre niña violada, y que debido á esta circuns-

tancia tuvo oportunidad de conocer en los primeros momentos la consumación del crimen.

Las declaraciones del Sr. Botti tienen excepcional importancia para el esclarecimiento de los hechos, y muestran la complicidad de muchas personas en el nefando delito, y sobre todo de la dirección del asilo.

Después de exponer lo que refiere la madre de la víctima, ya conocido por nuestros lectores en su parte esencial, el Sr. Botti agrega:

«Para cerciorarme de la veracidad del relato de la señora y convencerme de que en el asilo se había cometido este grave delito, fuí á él. Hablé con la superiora y dije á ésta que, enterado de este horroroso asunto, quería que me explicara algo de él, pues me parecía increíble que en ese asilo se hubiese cometido tal maldad. Esto fué á las diez de la mañana. La superiora dijo: que todo eso era falso. Que la niña, al principio, cuando se quejó, no decía adónde sentía dolores; ella creyó que sufría en la garganta, y dice que la curó. Y siguió curándola en ese sitio. Le pregunté por qué curar la garganta cuando allí no estaba el mal, y dijo que, como la niña no explicaba dónde sentía los dolores, ella supuso que fuera en la garganta. Después, cuando la niña se orinaba, pudo ver dónde tenía la gravedad. Dijo que ella no podía saber cómo había sucedido eso. Asediada á preguntas, manifestó que ella, en esa fecha estuvo ausente del asilo diez ó doce días; se hallaba en Tucumán de paseo; que en el asilo no entraban hombres y que la niña estaría enferma desde que ingresó en el asilo.

Manifestó después que la madre era una mujer mala, y que quizá ella habría permitido eso. Le manifesté que ninguna madre podría permitir semejante hecho, y ella contestó que esa sí. Quise que me explicara algo sobre esa mujer, y no supo contestarme nada concreto.

Entonces, al notar las contradicciones de la superiora, le manifesté que se iba á hacer hablar á todos los diarios y á iniciar una acusación criminal. Esto la afemorizó por completo; me pidió con ruegos que no lo hiciera, que eso la perjudicaría mucho; que le indicara la for-

ma de arreglar el asunto, que ella estaba dispuesta á arreglarlo en cualquier forma.

Le manifesté que estaba en el ánimo de mis amigos conocedores de este crimen, en el de la madre y en el mío propio, hacer luz, castigar á los culpables y hacer hablar á los diarios, para que el pueblo conociese á ciencia cierta cómo son los asilos religiosos organizados y cuidados por hermanas religiosas. Me pidió por favor que aquel día no fuera á las redacciones de los diarios, porque ella quería arreglar pacíficamente este asunto. Yo insistí en mis propósitos, y dijo que ella tenía muchos amigos en la prensa en general y que sabría hacer detener toda publicación al respecto.

Le dije que íbamos á darle poder á un abogado de confianza, y que lo primero que haría éste sería pedir la inspección médica de todas las pupilas. Esto le indignó; dijo que no lo permitiría jamás. Esta advertencia se la hice, porque al pasar por el patio de las asiladas, noté en algunas, las más grandes, de 13 á 15 años, algo anormal; estaban muy desarrolladas, pues las niñas en esa edad, apenas empiezan á desarrollarse y en cambio éstas estaban completamente desarrolladas. En otras chicas noté decaimiento absoluto, pálidas, enfermizas, delgadas, y sin ánimo siquiera para conversar.

La superiora me rogó que volviera á la tarde, pues tenía que consultar no sé con quiénes sobre todo esto, y luego manifestarme algo de interés. Como no tenía mayormente ninguna urgencia en ese día, hice el gusto á la superiora, y volví á la tarde.

Nuevamente me pidió que suspendiera todo lo que teníamos intenciones de hacer, por el momento, quién sabe con que fines; aunque creo que era simplemente para conseguir de las direcciones de diarios que no publicarían nada sobre este asunto que tanto la comprometía. Sostuve que era imposible satisfacerla, por ser éste un grave caso, el cual no podía quedar en la nada, como deseaba ella.

En vista de mi intransigencia, me preguntó cómo se conformaría la señora. Le dije que con nada del mundo una madre iba á conformarse ante este crimen cometido con una hija de siete años.



Al ver que era imposible obtener nada de mí, se levantó, me pidió permiso y salió de la salita donde nos encontrábamos.

Oí que hablaba por teléfono, pero no lo que conversaba, ni tampoco con quién lo hacía.

Al rato volvió acompañada de un señor, que me lo presentó como sobrino, y que era el fiscal doctor Clodomiro Zavallia. Nos trajo una taza de café, quise rehusarla, pero con toda amabilidad disimulada, me obligó a que la tomara. Una vez solo con el doctor Zavallia, éste me pidió detalles exactos del asunto. Le expliqué exactamente lo que sabía respecto de él, y me pidió que no hiciera hablar a ningún diario, porque, dijo, esto perjudicaría mucho a su tía y al asilo. Me dijo que deseaba que se arreglara este asunto, sin darle trascendencia alguna. Que estaba dispuesta su tía a aceptar los consejos de él, de ofrecer dinero a la mujer. Yo le dije que así no se arreglaban estos delitos. Me dijo además: «No hagan nada, porque perderán un tiempo hermoso; además, no hace buen nombre el andar en estos asuntos. Yo, todos los días tengo asuntos de esta especie en mi fiscalía, y nunca se llega a nada concreto, no se descubre nada.»

Como le dije que además de mi voluntad existía la de mis amigos, que estaban preocupados con este asunto, y especialmente la de mi socio el Sr. Justo L. Sobrero, que deseaba justicia, y me pidió que gestionara una entrevista con este señor para hablar con él. No tuve inconveniente, y ese mismo día, a las cinco de la tarde, se entrevistaron en mi presencia y la de la señora y la niña víctima. Mi socio le recordó el crimen enorme cometido con la niña y la gravedad de la situación en que se hallaban su parienta y las hermanas del asilo. El doctor Zavallia hizo al señor Sobrero más o menos las mismas indicaciones que a mí, y luego preguntó con textuales palabras: «Y con cuánto se conformaría esta mujer?»

El señor Sobrero le dijo nuevamente que con dinero no se arreglaba este asunto, sino con la justicia. Insistió el doctor Zavallia, pero fué infuctuoso.

Se retiró y postergamos para el día siguiente nuestros deseos de hacer las publicaciones. Entonces, con sorpresa nuestra, nos dice la señora que la habían citado del departamento de policía, y que un pesquisa la llevó en un coche al departamento, donde le leyeron una acusación de la superiora, en la cual decía que yo había ido a pedir dinero, lo que, como se ha visto, es absolutamente falso.»

En vista de esto, y para esperar que me citaran del departamento, hemos suspendido todas las diligencias relacionadas con este asunto.

En un párrafo de nuestra conversación con la superiora—añade el señor Botti—yo le manifesté que la niña relataba más o menos cómo se produjo el hecho, a lo cual la superiora contestó que seguramente había sido enseñada.»

*La Vanguardia* del día 15:

Las declaraciones del Sr. Abel S. Botti, que publicamos ayer, han sido materia de animados comentarios en los tribunales, sobre todo por lo que se refiere a la actuación del fiscal doctor Clodomiro Zavallia.

Si hubiera alguna duda respecto a la verdad de nuestras primeras informaciones acerca de este repugnante crimen, quedaría completamente disipada después de ver la actitud de la superiora del asilo y de sus amigos. El empeño de éstos por acallar las protestas de la madre de la víctima, intentando comprar su silencio, revela que el crimen se ha cometido en el asilo, a pesar de los rumores lanzados por las hojas clericales, y que su autor no puede ser sino un monstruo de sotana, pues sólo los clérigos tienen fácil acceso a los establecimientos religiosos.

#### UNA COARTADA

Según parece, la superiora del colegio-asilo, sor Cecilia Olmos, oportunamente aconsejada, acusó de «chantaje», ante la comisión de investigaciones, a la madre de la niña Etcheverry. La santa «hermana» admite que una madre pueda comerciar con el pudor y la salud de su hija, aunque se trate de una tierna criatura, y no cree posible que un clérigo esclavo del celibato forzoso, entregado a la pereza con todas sus tentaciones, sea capaz de cometer un delito contra natura, en el paroxismo de la locura sexual.

La superiora ha hecho circular la especie de que la niña Etcheverry fué retirada del colegio el día 28 de Noviembre. Sin embargo, existe, agregada al sumario, una carta de dicha superiora, dirigida a la madre con fecha 30 del mismo mes, en la que comunicábale que la niña se encontraba enferma de gravedad.

Tenemos también en nuestro poder una receta del médico del asilo, doctor Sobre Casas, fechada en 30 de Noviembre, y expedida para uso de la niña Etcheverry por la farmacia del Sr. Carlos Beccaria, sita en la calle de Defensa 711, no lejos del asilo.

#### PETICIÓN AL JUZGADO

La madre de la víctima ha presentado al juzgado del doctor Oro un escrito en el que, entre otras cosas, pide:

«Recibir la declaración de las hermanas del referido convento, y principalmente de la hermana Bernarda, sobre lo que sabe respecto de las constancias de autos.

»Disponer una vista ocular en el convento para comprobar las circunstancias expuestas sobre el hecho delictuoso y lugar en que se cometió.»

En el próximo número continuará el relato de este crimen genuinamente clerical.

## Razonemos

Incapaz de realizar, ni de aconsejar la muerte de nadie, ¡vaya un revolucionario chirle que soy!, y muy capaz de poner

todos los medios a mi alcance, menos el de la delación, para evitarlo si llegase a tiempo a mí la noticia de que iba a intentarse, no uno ahora, sin embargo, mi voz a la de los que se desgañan iracundos ante esos tiros disparados sobre los mauristas que fueron a decirle matonescamente al pueblo de Barcelona:

«¡Aquí venimos a recordarte que en 1909 te encaramamos, te desterramos, te fusilamos, y que nos hallamos dispuestos a repetir la suerte, y con más celo y eficacia, en cuanto se nos presente ocasión. ¡Nosotros somos quien somos!»

Y no la uno, porque no me explico que a ninguna persona de buen sentido le haya extrañado el suceso.

Si algún hombre no debió ir a Barcelona a predicar maurismo, es Ossorio y Gallardo. De seguro que si va otro cualquiera, no pasa nada. Cuando más, lo hubieran silbado. Y aquí un paréntesis.

(He recomendado varias veces este procedimiento, como el único que debemos usar para combatir Melquiades, Ciervas y Ossorios, hasta tanto que estemos en condiciones de emplear el decisivo. Disparar armas no teniendo enfrente quien pueda devolver en la misma forma la caricia, antójase poco equitativo. Aparte de las consecuencias lamentables que trae sobre quien lo hace. Verdad es que la indignación, cuando es justa como en la ocasión presente, no calcula, ni razona, ni teme.)

Lo repito; el único que no debió ir a Barcelona con aquel objeto, fué Ossorio. Cualquiera de los jóvenes más o menos cincuentones que forman el *requeté* maurista, pudo hacerlo. El ro. Y claro, que ni Maura, ni Cierva, ni Ugarte, ni Crespo Azorín pueden ir tampoco, sin exponerse a un disgusto ó un desperfecto de mayor ó menor cuantía.

Invocar derechos cuando se han pisoteado deberes; pedir tolerancia cuando se predica exterminio; pretender que el pie no resbale sobre losas que se han regado con sangre, es algo tan anómalo, que no debe ni refutarse.

Se cosecha lo que se siembra; y como los mauristas han sembrado odios y crueldades, recojen indignaciones que cada cual expresa a su manera y en la forma que puede.

No es de aplaudir la forma en que ahora se ha expresado la indignación; pero aun los que con mayor severidad la condenen, habrán de reconocer que es mil veces más execrable faltar a la justicia parapetándose tras la ley, que faltar a la ley para que no quede impune la injusticia; y que entre un Ossorio, y un Crespo Azorín, y un La Cierva, y un Maura encarcelando, desterrando y fusilando a ciegos y ferozmente en 1909, y esos que en 1914 han creído que no debían reparar en medios para protestar de la provocación que les lanzaban los mauristas, habrá siempre la diferencia que existe entre el impulso irreflexivo de la dignidad herida, y el cálculo frío de la venganza legal; entre lo que es accidente, y lo que es sistema.



Lamentemos lo ocurrido, pero tengamos todos la serenidad necesaria para juzgarlo desde puntos de vista elevados.

Síntesis de lo dicho:

Víctor Hugo dijo que el 93 fué una réplica, y eso digo yo de lo de Barcelona.

No ha sido un atentado. Ha sido una réplica á 1909, y una respuesta á una provocación impremeditada y jactanciosa.

JOSE NAKENS

## Hacia la Federación vasco-navarra

En el Casino republicano de Bilbao se reunieron el pasado día 11 los representantes de los partidos vasco navarros, para acordar las bases de la Federación republicana, que abarca las provincias de Guipúzcoa, Alava, Navarra y Vizcaya.

Las bases acordadas son las siguientes:

«Base 1.ª Los partidos republicanos de Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya crean una solidaridad de normas é intereses políticos, aliándose para los fines nacionales y regionales, entre los que figura, en primer término, la instauración y consolidación de la República como forma de gobierno de la nación española.

2.ª La Federación republicana vasco-navarra dirigirá principalmente su actividad á procurar la formación de la Federación nacional de partidos republicanos autónomos como base de la unidad de acción de las fuerzas republicanas nacionales y constitución del partido republicano español. Cada partido provincial conservará su completa autonomía para los asuntos que afecten exclusivamente á su provincia respectiva.

3.ª Constituyen el programa de esta Federación aquellos principios que, como la libertad de conciencia, la integración de la soberanía popular, esto es, el reconocimiento de la voluntad del pueblo como única fuente del poder público, la autonomía individual, municipal, provincial y regional que en el país vasco-navarro tiene en su apoyo la práctica secular de la verdadera democracia foral, propia de cada una de las provincias aliadas, régimen que con las modificaciones que exigen el desarrollo social y las modernas evoluciones de la idea de justicia, satisfará los anhelos del país, sin el menor quebranto del vínculo sagrado de la unidad de la patria, dentro de la cual queremos vivir vida amplia y progresiva con nuestros hermanos, todos los españoles, contribuyendo con ellos equitativamente á satisfacer los impuestos á toda clase de riqueza y á la defensa de la Nación; en suma, á defender todos aquellos principios comunes al republicanismo español, sin que ninguna de las organizaciones federadas ni sus respectivos afiliados abdiquen de aquellos otros principios que, sin oponerse á los enunciados, completan el credo político de cada una; principios que podrán libre-

mente propagarse en todas las formas de manifestación de pensamiento.

4.ª La Asamblea general del partido, ó sea la Asamblea regional, quedará constituida por los cuatro Comités representativos que integran esta organización.

5.ª La Federación republicana vasco-navarra deberá establecer relaciones de cordialidad, propaganda y acción con los partidos republicanos provinciales, interín se llega á la constitución del partido republicano español, conservando no obstante su autonomía absoluta con relación á los demás partidos.

6.ª Para el funcionamiento de esta organización se redactará por la representación de los Comités provinciales un reglamento que regule la vida de la misma previa aprobación de la Asamblea general de la Federación.

Bilbao 11 de Febrero de 1914.

Por Navarra: Gregorio Huder y Javier Blasco.

Por Guipúzcoa: Pedro Nerecán.

Por Alava: Miguel Fernández Dans y Victoriano Laza.

Por Vizcaya: Mariano Tejero y Enrique Sudrez.

Aquella noche, y para conmemorar la proclamación, se celebró un banquete en el Frontón Kursal. Asistieron más de 900 comensales.

Al final se leyó esta carta de Horacio Echevarrieta:

«Queridos amigos y correligionarios:

Por deberes ineludibles, en absoluto ajenos á la política, me veo privado de la satisfacción de hallarme entre vosotros.

Estimo como un deber primordial saludar á los representantes del partido republicano de Guipúzcoa, Alava y Navarra, congratulándome vivamente al ver unidos en íntima comunión de ideas á todos los republicanos del Norte.

Os saludo, republicanos, deseando ardentemente que á la unión proyectada en Madrid pueda servir de acicate y ejemplo la que vosotros realizáis fuera de la imposición de todo personalismo.

Creo firmemente en los frutos de esta unión, siempre que, irradiando su acción hasta la aldea con una constante propaganda, alcance en las luchas por la representación en los Municipios y la Provincia la expresión concreta de nuestros ideales.

Ahora he de manifestar á los correligionarios de Bilbao, por estimarlo una imposición del deber, dadas las insidiosas voces sobre el particular esparcidas, que no habría en modo alguno, dada la representación con que me honra el partido republicano, de pactar á sus espaldas con otras entidades políticas para fines electorales, pues, en lo que á mí respecta, espero me hará el honor de creer que, careciendo de personal ambición, no iba á sacrificar ideales contrarios é inculcados por vínculos de sangre.

Termino como siempre, vitoreando á la República, y haciendo una vez más franca y resuelta manifestación en favor de nuestros ideales.—H. Echevarrieta.»

El público, puesto en pie, acogió la lectura de esta carta con una estruendosa ovación.

Se pronunciaron después varios discursos, excitando á todos á que realicen una labor positiva que los conduzca al triunfo y á la salvación de España.

Si por aquí viene la disolución de los viejos partidos republicanos y el acabamiento de la idolatría personal, saludemos á la Federación Vasco-Navarra que inicia esa renovación salvadora.

## Suscripción

En *El Progreso*, de Barcelona, se ha abierto una para atender á los presos por consecuencia de los sucesos del día 8 del actual.

La Cruz Roja ha enviado 500 pesetas y José Nakens 50.

## Con esto bastaría

He recibido el siguiente B. L. M. del Presidente del Partido Republicano del Ferrol, D. Maximino Rodríguez Herrero:

«B. L. M. al Sr. D. José Nakens y le encarece la publicidad en *EL MOTIN*, desenmascarador tenaz de hipócritas y aventureros, del siguiente oficio, que con esta fecha se ha enviado á los concejales republicanos D. Miguel Martínez Branas y D. Vicente Quintela, expulsándoles del partido y desautorizándoles para hablar oficialmente en nombre de él.

El oficio dice así:

«En la Asamblea General celebrada en la noche de ayer para juzgar su conducta política, como concejal de este Partido, en la sesión municipal del día 5 del corriente, en la cual desató usted el acuerdo tomado por esta Directiva y demás señores concejales; y hallándose dispuesta á mantener la disciplina en este organismo, según previene el Reglamento que usted, como todos los afiliados han acatado y reconocido, acordó por unanimidad expulsarle del Partido, quedando desautorizado para hablar en nombre de él oficialmente.

Partido Republicano, Ferrol.

El Presidente, Maximino Rodríguez.—

El Secretario, Federico Barrinaga.

Ferrol 10 Febrero de 1914.»

Solamente con que se hiciera esto con todos los que no cumplieren lo que ofrecen, fueran jefes, diputados ó concejales, se regeneraría el partido republicano.

Mia aplauso á todos los que han señalado ese camino á los demás republicanos que anhelan ver al partido regenerado y dignificado.

Si se hubiese entrado en él hace tiempo, no estaríamos tan divididos ni tan desacreditados.

## Todavía el catecismo

Es ahora, en tiempos conservadores, que vuelve á agitarse la cuestión del catecismo en las escuelas.

Dos puntos parecen ser los focos de la atención del gobierno: el de ética y el de



economía. Dícese que se piensa en eximir a los maestros públicos del deber de enseñar el catecismo, confiando esta misión al clero, a semejanza de lo que ocurre en los Institutos y Normales, con lo cual por una parte se suprime la vergüenza de obligar al maestro incrédulo a mentir al alumno, enseñándole como cierto lo que sabe ser falso, y por otra parte se crea un nuevo sueldo para los párrocos que desempeñan tal enseñanza.

Algo deshonroso para la misión apostólica catequística parece eso de equipararla en lo del sueldo con cualquiera oficio vil, de verdugo ó consumidor. Y aun creíamos ¡vecios de nosotros! que este cargo iba incluido en el de párroco y sobre todo en la bula constitucional de los jesuitas.

Pero, en fin; allá se las hayan. Sólo nos parece que el proyecto merece una ampliación, y es como sigue.

Que siendo el trabajo de enseñar no más sagrado que el trabajo de aprender, si se da sueldo a los párrocos por ser maestros, debe dárseles no menor a los alumnos por ser discípulos.

Con esta salvedad, nos parece de perlas la idea del sueldo: y esperamos que el Estado, en su afán apostólico, pedirá los fondos necesarios, no a los ímpios que blasfemaríamos contra la obra cada vez que pagásemos: sino a los obispos, abades y banqueros devotos que viven del catecismo.

Y aun suponemos que para tan santa obra las vírgenes del Pilar, Monserrat, Desamparados, etc. etc., darían gustosas sus joyas y rentas sobradas, comenzando los santos de los altares por dar ejemplo práctico de lo que aconsejan a sus fieles de la galería.

Que no es decoroso para Dios pedir dinero al diablo para hacerle luego la guerra.

## El Cristo de Sueca ¿es el Cristo crucificado?

Perdona, lector, que insistamos sobre este punto. Estamos en la era del microscopio, que estudia las leyes secretas del Universo en las intimidades del átomo; y esta ley lo mismo rige en el mundo físico que en el mundo moral.

No todos los días acuden las Hostias al Juzgado; y la Hostia, en España, es el talismán y amuleto del bien y del mal, en cuyo nombre unos sujetos, así sean reyes, doblan la rodilla y rinden armas; y otros pasan majestuosos pisando la bandera nacional. La Hostia, en España, es persona jurídica super-privilegiada.

Pues bien; á propósito de los escándalos de la Hostia de Sueca, he reflexionado sobre ellos desde los puntos de mira del hombre religioso sincero, del clero utilitarista, del pueblo fiel ignorante, del pueblo librepensador y del Estado español.

Y desde cada punto ofrece muchos puntos: es un mapa de la España social.

Y después de todo ello, esa Hostia parece realmente una lenticula ó fotografía en miniatura, que proyectada debidamente, refleja el misérrimo estado de la conciencia española.

Vamos por partes: la primera, la del clero, que es curiosa.

Porque ¿qué ha ido á buscar el clero con esos desagavios estreptitos, da los á una Hostia cuya consagración sacerdotal en el altar es incierta, y que depende del dicho de un bebedor de taberna? Pues esto es lo estupendo. Todos los desagavios, adoraciones, iacintos, oraciones, sermones, peroratas y demás, no tienen más fundamento cierto y judicialmente probable, que el dicho del bebedor. Quitese este dicho, y la Hostia pierde toda su gracia y queda reducida á una de tantas que se venden en las fabricas á real el ciento.

De manera que podemos establecer la gradación de hechos sacramentales discutibles del modo siguiente: La fórmula de la consagración del altar, es la del sacerdote sobre el copón y patena, con alusión á la cena de Cristo: «Este es mi cuerpo, que va á ser entregado al suplicio para remisión de vuestros pecados.» ¿Cayó esta fórmula sobre la hostia en cuestión? ¿Estaba en el altar?

Esto es lo que no puede certificar ni jurar la Iglesia, ni el cura, ni el arzobispo, ni el Papa. Seguridad de ello no hay ninguna.

La única garantía es la otra fórmula del bebedor de la taberna, proferida entre sorbo y sorbo ante otros bebedores, y que dijo: «Esta hostia es de las consagradas por el cura.»

Sin esta fórmula, aunque hubiese sacado la Hostia y la hubiera pegado en la puerta de la taberna, no habría ocurrido nada: carecía de virtud teológica: era una Hostia profana, aunque realmente hubiera sido consagrada. Tanto que si el reo la mete en la mesa del párroco ó del provisor, éstos la habrían usado como oblea para pegar cualquiera sobre de los que después suelen ir á parar á lugares excusados.

Por tanto, todo el valor sacramental aquí es relativo: se lo da el dicho del bebedor, de esta estupenda manera.

Y si no estaba consagrada, como quiera que en el Ritual de la Iglesia no se admite, á semejanza del bautismo y de la absolución, la forma condicional, de «si no estás bautizado yo te bautizo» y «si estás dispuesto, yo te absuelvo», sino que es fórmula absoluta y única, y la consagración condicional sería ya un sacrilegio por reiteración, de ahí que si la Hostia ha sido expuesta al público fiel, ha ido con la única fuerza positiva del dicho tabernario.

O sea que, no constando la consagración absoluta sacerdotal, no tiene más consagración que la relativa del bebedor de la taberna, cuyo dicho queda elevado á fórmula sacramental.

Esto, como se ve, es estupendo. Para

discurrir tan atropelladamente, es preciso que el clero haya consultado, no á la Teología y Mora; no al interés de la religión, sino á otros consejeros.

Porque, como no dijimos ya, si la hostia ha sido expuesta á la adoración de los fieles, cabe un caso de enorme idolatría y una incalificable burla á la devoción popular y á los sentimientos de los fieles.

Pero no ha sido un simple acto de idolatría, en todo caso, sino un caso de idolatría falminante y de la peor especie.

Estoy oyendo desde Madrid los gritos estridentes de los oradores; la furia religiosa desatando las lenguas de sus pasiones, rugiendo amenazas, clamando venganzas, vomitando anatemas, esparciendo insultos, desgarrando sotanas y roquetes, tirándose del pelo, haciendo tiritar los pulpitos á puñetazos, anunciando males, guerras y catástrofes, si no se hace escarmiento singular; enardeciendo, en fin, enfureciendo, alocando y provocando en los fieles todos los los instintos de enojo, de odio y de agresión.

Y todo ese alboroto, conmoción, terremotos y barahundas ¿qué fundamento tienen? ¿Una hipótesis arbitraria, una suposición imprudente de ortodoxia y de ilicitud ritual; es decir, una fórmula circasacramental tabernaria? ¿Cabe mayor desatino? ¿Cabe locura mayor?

A vista de tales hechos, se debe preguntar:

¿Aconseja la Teología ó precepta el Ritual esta adoración desenfrenada á una hipótesis que tiene por base un dicho de taberna? ¿Hay en el Cabillo de Valencia algún teólogo capaz de defender esta conducta, ni ritualista alguno capaz de cohonestarla?

Y si no los hay, ¿de su peso que no es el celo religioso quien aconseja tamañas enormidades y aventuras tan peligrosas contra la buena fe del pueblo creyente; y habrá que admitir que es otro celo el que ha aconsejado tal estruendo y conmoción del mundo devoto.

¿Cuál es este celo?

Yo desearía sorprender al párroco de Sueca y á los clérigos y legos directores del estrépito, en sus pensamientos y cavilaciones durante las noches aquellas en que militaban el plan al acostarse y encontrarse á solas con su conciencia (suponiendo que estuviesen solos) Allí en aquella efervescencia de sus cerebros ¿querría yo penetrar y sorprender los discursos, los intentos, los anhelos, los temores y los cálculos.

¿Qué pensaba y qué buscaba el párroco?

De la Teología y Ritual, está visto que debió preocuparse muy poco. Del respeto al sentimiento de sus feligreses, si se ocupó, debió tomarlo muy de través.

¿Qué pasó, pasó? ¿Qué buscó? ¿Qué se propuso?

Por el plan de desagavios que nos comunicaron, está visto que estuvo discutiéndose poco más ó menos:

—Esta es la mía... ¿Qué podemos hacer para llevar á su grado más exulta-



do, el encjo de los fieles, haciéndoles concebir espanto y terror á las iras de Dios, y odio á los incrédulos? ¿Qué podremos hacer para dar al caso las proporciones de una hecatombe?

Y en este sentido se agotaron los recursos del ingenio, buscando las solemnidades más emocionantes.

¿Qué se propenia conseguir con ello?

El pretexto está visto en el título de «desagravios por el escarnio y profanación del sacramento de la Eucaristía»: esto se dice en el sumario y esto se habrá impreso en los anuncios y programas de festejos.

Pero ¿quién ha dicho que hay tal Eucaristía y tal sacramento?—¡Un borracho en la taberna!... Ocuire en este caso concreto, que ni el dicho del Supremo Pontífice Romano hablando desde la cátedra es infalible. ¡Y se concede infalibilidad al borrachín charlando en la taberna!...

Esto no es razón ni fundamento suficiente: es, pues, un pretexto y una simulación.

Allá el párroco, en su conciencia, sabrá lo que buscaba y lo que se propenia. Pero si insistiese en simular que intentaba desagraviar al presunto Cristo sacramentado, le preguntaré: ¿De dónde saca usted que ese Cristo se diese por agraviado? Yo le voy á demostrar lo contrario, con las propias palabras de usted.

Usted dice que la Hostia es el cuerpo del Cristo crucificado. ¿No es así? Pues ese Cristo, según usted mismo dice, no se da por agraviado, no ya por los hechos que usted llama ahora ofensivos, sino por los salivazos, insultos y azotes de la cruz.

Los recibía con grandeza de alma, y era que los sentía dolorosamente. Y los recibía de gente cuerda y en plena sínderesis, y de ellos decía: «Hay que perdonarlos: no se dan cuenta de lo que hacen.»

Pues bien: el Cristo del clero de Sueca, según parece, no perdona, no ya las ofensas reales, sino que ni siquiera las hipotéticas; no sólo no perdona á los insolentes de razón sana, pero ni siquiera el dicho de un borrachín incrédulo.

Es, en fin, un Cristo al revés del otro y contrario al otro.

Si se da por agraviado este Cristo, él mismo se condena por la sentencia del otro que manda perdonar al enemigo: no es el Jesús crucificado del Evangelio; será cualquier otro.

Y, si siendo el Jesús evangélico, no se da por agraviado ¿á quién se desagravia con los actos de desagravios estrepitosos de Sueca?

Responda el clero valenciano si puede. Deshágase de este nudo corredizo en que se halla.

O rompe el Evangelio, ó rompe el Cristo, ó se quita la careta.

Y este es el objeto de mi escrito, que parecería largo é innecesario por el hecho que le da origen, pero que es corto

con respecto á la conclusión en que lo termino.

«Se echa mano del expediente y pretexto de desagraviar á un Cristo que no se agravia, para hacer de los desagravios á Dios, agravios á los hombres.»

Y esto es lo que se debe descubrir, publicar y repetir: este juego de cubilete y de doble fondo, que había del cuerpo de Cristo proyectil para herir, bomba estallandera para aturdir al pueblo con su estampido, «cuerpo del delito» para germinar de un proceso criminal contra un ciudadano, que sirva de jaque y de amenaza á todos los que discutan la seriedad y honorabilidad del clero.

¿Es este el intento final del párroco de Sueca? ¿Es que él se propone hacernos saber que de él nadie se burla impunemente, ni aun estando borracho, y que con sus cosas nadie juega, ni aun siendo dudosas? ¿Es para hacernos sentir el peso de la ley, el privilegio de que goza, el látigo del Estado, el poder de la Iglesia, el furor del clero?...

Pues, si eso intentó, quizás lo haya conseguido; pero también nosotros habremos conseguido echar un jarro de agua fría á los cirios é incensarios de sus fiestas, y á sus ardores, y además habremos venido á esta conclusión:

«Religión que se basa en el furor del sacerdocio, en la fuerza bruta de sus pontífices, en el látigo despótico del Estado, en el fuero ilegal y en la ley de unas Cámaras como las españolas... ¡aviada está!

No tiene peor fundamento el caciquismo. Podrá ser una plaga de las naciones, pero no institución ética. ¿Es esto la religión, un cacicato y una plaga?

¿Pues bueno habéis dejado el Evangelio de Cristo!... ¡Vaya un Cristo que habéis hecho de aquel de la mujer adúltera, y del de la cruz!...

¿Diréis que vuestro Cristo sacramentado es sólo el mismo, idéntico y positivo?...

En tal caso... pero para los dcs.

S. PEY ORDEIX

### En justa defensa

## El mausoleo de Santa Claro

«Lamentámcas amargamente que groseros é injustos ataques nos obliguen á vindicar nuestro honor de periodistas republicanos, puesto en tela de juicio por quien, prescindiendo de toda consideración, ni siquiera reconoce en las plumas que escriben *El Pueblo* la cualidad que en más estima el hombre: la honradez.

Con motivo del tercer aniversario de la muerte del que fué querido y respetado en esta Redacción, por sus méritos y sus virtudes cívicas, D. José Pérez Martín, dos escritores de reconocida autoridad se han permitido comentar en términos de insolita acritud la conducta de los republicanos de Valencia y del director y re-

dactores de este periódico, con respecto al llorado *Cantaclaro*.

D. José Fernández, en *El Radical*, de Madrid, y *Fray Gerundio*, desde las columnas de *El Diluvio*, de Barcelona, lanzan feroces distribas contra los republicanos de Valencia, que en vida y después de muerto—así dicen—abandonaron al sacerdote señor Pérez Martín. El primero de estos señores, aunque en sus apreciaciones incurre en evidentes inexactitudes, deja á salvo, ahora como en otra ocasión, la honorabilidad de Azzati y la nuestra. La réplica, pues, va dirigida á *Fray Gerundio*, que nos injuria, queremos creer que merced á excitaciones de otra persona.

En esta casa, y por todos los compañeros, se le guardaron á *Cantaclaro* las consideraciones debidas, remunerando su valiosa colaboración en la medida que puede hacerlo un periódico de provincias: Azzati es pobre, y no cabía exigírsele más de lo que humanamente pudiera hacer en este sentido. Es falso que haya olvidado á *Cantaclaro*, pues el 29 del pasado Enero y no obstante la obligada expatriación de nuestro director, en la tumba del llorado don José no faltó la modesta ofrenda que el cariño dedica á quien supo merecerla: un puñado de flores, depositadas por la esposa del Sr. Azzati.

Aquí, Sr. *Gerundio*, no necesitamos que nadie nos ponga los dedos en la boca para que «vcmitemos» (la frase no es muy delicada que digamos); nos basta con la más leve impertinencia de usted, ó de quien sea, para volcar sobre las cuartillas detalles y miserias que nunca debieron salir á la superficie. Ahora, si lo exigen nuestro decoro y el respeto á la verdad y al muerto.

El mausoleo no se ha construido, porque con los fondos recaudados no había ni para empezar. Se recaudaron 680,90 pesetas, de las cuales invirtiéronse unas 200 en atenciones inexcusables, según demuestran los justificantes á disposición de quien quiera examinarlos. Espérase una circunstancia favorable para acometer la obra, y si al cabo ésta fuese imposible de realizar, se devolvería la cantidad recaudada á los donantes, ó previa consulta con ellos se dedicaría á obras de beneficencia, ó entregaríase á los herederos de *Cantaclaro*, si los hubiere.

¿Dónde están las sombras, dónde los misterios?

La Redacción de *El Pueblo* (su director) responde de las 680,90 pesetas recogidas y de la inversión dada á las 200 pesetas á que aludimos.

Es cuanto debemos decir en justa defensa de nuestro proceder para con *Cantaclaro*, y respondiendo á las groseras imputaciones que se permite dirigírnos *Fray Gerundio*.

*El Pueblo*

Valencia.

Un observador inglés dice que de cada mil mujeres sufragistas, novecientas son horriblemente feas, y de las cien restantes



tes, cincuenta son regulares y otras cincuenta más ó menos bonitas.

Se deduce de lo anterior que la fealdad está en razón directa con la afición á la política en la mujer.

Y hay todavía otra observación curiosa: las mujeres de buena cara que se meten á sufragistas, van poco á poco poniéndose feas, hasta quedar transformadas en verdaderas caricaturas.

Ya lo saben nuestras compatriotas. Si quieren sentar oficialmente plaza de feas, métense á sufragistas.

## Manuel Hilario Ayuso

En el café Moderno diéronse cita, el día 12, los amigos del joven y ya por muchos conceptos benemérito Manuel Hilario Ayuso, para honrarse con el testimonio de su amistad y celebrar los recientes triunfos que en el foro y en la cátedra ha logrado, luchando contra todos los vientos y mareas del clericalismo.

El cariño á Ayuso supo atraer á un acto de confraternidad á una buena parte de la flor de los intelectuales de Madrid de todos los campos y procedencias: y lo que es realmente admirable y digno de ser escrito en letras de bronce: Supo reunir á republicanos de todos los partidos.

Como lo oyes, lector. Hubo radicales, socialistas, conjuncionistas, reformistas, federales, independientes, y sobre todo jóvenes que batieron palmas por unos mismos sentimientos y aspiraciones.

Que los republicanos se unan con los jesuitas, carlistas, conservadores, ácratas y anarquistas, es cosa corriente y mollente; pero que se unan con los republicanos... ¡esto es lo maravilloso!

Allí se vió la maravilla.

Para que nadie tache de inconsecuentes á los jefes, diremos en su honor, que los jefes brillaron por su ausencia. ¿Sería por esto que pudieron unirse los otros? ¿O sería porque no se consideran intelectuales, ni admiradores del festejado, ó porque no le creen *materia apta* para sus respectivas labores? Cualquiera que sea la razón, es tan ventajosa y laudatoria para el interesado, como deprimente para los ausentes.

El acto fué cordialísimo y entusiasta. Los muchos discursos que se corrieron al final, dieron los trazos principales de la vida estudiosa, laboriosa y artística de nuestro Manolo: nombre cariñoso que sólo él, espíritu anfiado y refinadamente culto, sabe estimar como el mejor entre los títulos académicos y políticos que van fijando los años de su vida.

De lo que como político vale, lo dirá pronto su campaña futura en el Congreso. De lo que vale como amigo, habría mucho que contar y no acabaríamos. De lo que vale como catedrático-é intelectual lo pregonan sus recientes triunfos. De lo que vale como abogado, lo dice el pleito que acaba de ganarle á Cierva.

De lo que vale como anticlerical, esto

es lo que interesa á El Motin, y de eso vamos á decir.

Es Manuel Hilario Ayuso ante todo una alma de artista. Es el arte andando. Todas sus cosas las deja impregnadas de un espíritu de belleza y agrado, que sabe almibarar los ataques y endulzar los dardos para el propio enemigo que los recibe. Su anticlericalismo, como todo lo suyo, es ante todo, bello y delicadamente estético.

Pero esta apacibilidad de formas, que en tan alto grado poseyó también el inolvidable Luis Morote, en Ayuso lleva el adorno más estimable, de una modestia y sencillez encantadoras. Al observarlo, necesitase un espíritu de adivinación muy agudo para ver en el decidior chispeante y ameno al profundo pensador y al sabio catedrático de la Central.

Si Ayuso se hubiese afiliado en el partido clerical ó monárquico, en los cuales tan blandos cojines tenía preparados por sus antecedentes de familia y por los prestigios de sus parientes, á estas fechas sería exhibido como una de esas figuras precoces que se llamaron Menéndez Pelayo, etc., en quienes no siempre el volumen exterior de los vestidos correspondía al macizo de su ciencia.

Lo tenemos acá, y es hora de ponerle de relieve.

Para lo cual, no necesita adjetivos, ni ponderaciones: basta indicar el programa que para su acción universitaria manifestó en el banquete, y que tiene, al revés de los otros programas, la garantía de haber sido practicado ya en secreto, antes de sacado al público.

Esta acción tiene una parte terrible, capaz de poner miedo al clericalismo. Ayuso ha descubierto por su propia experiencia, el contubernio entre el Estado y la Iglesia para retener y acabar de poner en manos del clericalismo los destinos de la Universidad y de la escuela, á cuyo objeto se constituyen los tribunales de oposición con jueces resellados en el jesuitismo y por tanto juramentados á impedir la entrada en la Universidad española á la ciencia verdadera, eliminando á los opositores que no llevan el refrendo del palacio episcopal.

Contra este contubernio, Ayuso, heraldo y campeón de esta ciencia, ha hecho voto de presentarse á opositar en todas las oposiciones en las cuales el tribunal presente sospecha de este jesuitismo, desafiándoles y provocándoles á condenar sus doctrinas, y condenando él desde luego á los jueces resultantes al suplicio de oír la voz de la ciencia reclamando sus derechos y acusando la perfidia hipócrita de esta política universitaria.

A este plan obedecen sus dos últimas oposiciones, ganadas al clericalismo. Clerical que pretenda penetrar en la cátedra, habrá de medir sus armas con Ayuso. Tribunal que quiera reprobar sus doctrinas, habrá de reprobarle á él, ¡á él! que tiene desde hace tiempo renunciada una cátedra en la Central y acaba de ganar dos en lid desventajosa.

Tal es el ejemplo que á todos los verdaderos intelectuales da este luchador de nuevo cuño, que persigue al enemigo en sus baluartes más oscuros é inasequibles.

Esta campaña que ha emprendido solo, por su cuenta, sin anuncio previo, y que cuenta por triunfos las batallas, esta campaña es sencillamente admirable por la originalidad, por la osadía, por el altruismo y por el daño que inflige al enemigo.

Esta conducta debe ser imitada por nuestros campeones. En donde aparezca un obispo ó clerical como juez de oposición, allá deben caer los nuestros, y la prensa liberal debe estar en guardia para llevar al escándalo público este sistema escandaloso secreto, que haría de la Universidad española una sucursal de los inútiles seminarios y un criadero de maestros juramentados á traicionar la ciencia y á expender como ciencia las definiciones del Papa, del obispo y del confesor.

De esta manera, el Estado aprenderá la incompatibilidad absoluta entre el catolicismo y la ciencia, ó del contrario habrá de arrostrar ante el mundo la vergonzosa nota de Estado-inquisitorial de que pretende desasirse ante las demás naciones.

He aquí la honda y certera labor de Ayuso, para la cual huelgan los aplausos y sobran los adjetivos.

R. MAYOL

## Siga el despojo

Hace pocos días han vendido en Toledo el hermoso retablo del Renacimiento español del convento de Santa Fa.

Se trata de vender las puertas y arquetá del convento de Santo Domingo, y el sepulcro hispano-cristiano, llamado de Sayos, que en dicho convento existe.

Y parece que también se prepara la venta de uno de los cuadros del Greco, existente en la capilla de San José, por cuanto se está haciendo una copia que sustituya al original.

A este paso van á quedar las iglesias católicas tan peladas de joyas artísticas como los templos protestantes.

¡Despojad, hijos míos, despojad, ya que las cárceles se han hecho en España para los que roban hambrientos una manzana medio podrida ó un panecillo.

Dios proteja la inocencia.

## Desde la picota (1)

Entre los males que ha causado la educación eclesiástica española, no creo que haya uno solo como el que se sintetiza en esta conversación que forma parte del criterio moral de la *gent de bé* (2).

(1) Este artículo, publicado en *La Campana de Gracia*, de Barcelona, se refiere á la polémica planteada hace unos días entre *La Veu de Catalunya* y el insigne escritor Gabriel Alomar.

(2) «Gente de bien». En catalán esta frase significa «caraca», reazonario, hipócrita. (N. de la R.)



«Este hombre no va a misa». Consecuencia: no es como nosotros. Y como nosotros somos como debe ser, ese hombre es una despreciable y vil criatura. Todo está permitido contra él. Si ha tenido una actuación política, procuraremos, conscientemente, escarnecerlo a guisa de bufones. Si en su vida privada hay la más pequeña flaqueza, la exhibiremos ante el pueblo como un padrón. Si en su historia hay un gesto de nobleza, lo ofreceremos como una ridícula ó malvada pedantería. Si tiene un haber legítimo y honrado para su vida, procuraremos sacárselo para que reviente de hambre con todos los suyos, ya que, por ahora, no podemos quemarlo como a réprobo en medio de la plaza pública.

Señores míos, nunca me he creído hombre perfecto. Esto quizá me ha impedido ver, de primer intento, toda la flaqueza moral del enemigo. Lo que únicamente sé, por experiencia personal, es que en todo el curso de una ya larga actuación sobre Cataluña, en medio de las enconadísimas luchas en favor de las formas civiles y contra el imperio de las falsificaciones republicanas, sólo he recibido insultos de personas que se ofrecían a sí mismas, como un rasgo de cortesía, y se permitían llamar *purria* a la cohorte generosa y amorosa de los ineducados. Un día era un desgraciado canónigo de Mallorca, factura de esa gente, el que me hacía el honor de un ataque bestial. Otro día era el *Cu-Cut*, aquel *Cu Cut* que hube de defender, caballeramente, cuando moría entre la más baja ignominia. Otro día eran las ineptas publicacioncillas clericales de Barcelona y provincias, las cuales me acometían con sus iras de verdugos fracasados. Hoy, en fin, es *La Veu*, pontífice máximo de esa escuela nueva. *La Veu*, que recibió un día mis inspiraciones en fervor catalanista y liberar; *La Veu* que otro día, ya bien olvidado para ella, sirvió de grito de combate para las vindicaciones civiles y los derechos de pensamiento; *La Veu*, que busca hoy en mi vida ingrata la única memoria de bondad pura y sin mezcla que conservo como una especie de salvoconducto espiritual, y me la echa en cara como una vileza, como algo que se debe esconder para no deshonorarse. Y de toda mi vida, no me queda más que este sobrenombre injurioso, este alias infamante: «El de la gorra de Rull».

Pues bien; ese de la gorra de Rull tiene algo que decirnos.

«¡Oh! Ya han pasado muchos días desde la sorpresa del ataque sufrido. A la primera impresión añadiré la dolorosa evidencia de la persona que me hería... Bien sabía ella que yo no podía esperar semejante acometida».

Hoy, vencida ya mi parte de delicadeza humana, quisiera demostrar la serena dignidad personal que mejor contrasta con la rudeza plebeya del insulto; quisiera dirigir, ante la Escuela de la *Lliga*, la verdadera Escuela de la ciudad y poner un contraste en cada inflexión de voz.

Modestamente, humildemente, desde mi insignificancia de... *hombre de la gorra de Rull*, yo pregunto si se encontraría en algún sitio otra colectividad social que se permitiera convertir en sombrero de payaso ó en coraza infamante para mí, aquella gorra trágica; yo pregunto si en el manual del perfecto ciudadano, tal como el catalanismo de la derecha se lo imagina, el precepto de la delación obligatoria llega al extremo de señalar las personas honradas, incapaces de ofender conscientemente con un calificativo denigrante, para que las turbas de la reacción les persigan por las calles el día de la venganza; yo pregunto si es cierto que forma parte del ideal de cultura de toda una fracción de Barcelona el acto de que un amigo injurie anodidamente al amigo, al amigo noble y leal, al amigo desprevenido, incapaz de sospechar nunca, por inmerecida, la ofensa gravísima. Porque he de confesar que esta circunstancia ha añadido un dolor inmenso al sentimiento de la ira. Pero este dolor me ha hecho un bien; me ha devuelto, de rechazo, el dominio de mí mismo y me ha serenado con la tristeza; y la tristeza lleva siempre un bálsamo de noble fortaleza humana. Mentalmente, he repetido aquella fábula, única que un escritor escribió cuando leyerá en las memorias de otro escritor amigo, ya difunto, un sin fin de dictérios contra él: «Ironía...».

El *hombre de la gorra de Rull*, tiene, naturalmente, su vida pública ofrecida a la libre batalla de los juicios de todos. Su obra, sus ideas, expuestas están a la rudeza del combate. Su alma de luchador ideológico, no sufrirá, sino que disfrutará, viendo que se tributa a sus opiniones, a sus criterios, la honra suprema de discutirlos y de impugnarlos ó el servicio impagable de destruirlos. Y nadie dudará, tanto como él mismo, del valor que pueden tener sus producciones. Pero el *hombre de la gorra de Rull* tiene un jardín secreto, tiene una coquetería de bondad y un pequeño orgullo de sentido de justicia. Tiene sus memorias de ciudadanía actuante, sus minúsculos *leves* personales, su rincón de gloria íntima en donde dialoga calladamente con su interior. Tiene el recuerdo vivo de los momentos únicos en donde se ha sentido algo superior a sí mismo, algo de caballero errante del espíritu; algo que le emancipe de la profesionalidad vagamente histriónica del escritor público. Y cuando la fácil maledicencia de un periódico llega a profanar este sagrario, entonces no hay nada que compense la violación de esa pequeña salpicadura de divinidad.

Escribo con una amargura siniestra bien diversa de la que me atribuye la pluma autorizadísima de *La Veu*. No recuerdo nunca haber desbordado con peor gana una exposición del corazón. Estas cosas, amigos míos, no son para mí. Yo me declaro inhábil para toda lucha que no sea el franco y noble combate del pensamiento. El insulto, en boca mía,

me daña primero que al adversario. Soy, en este terreno, de una grande y patente inferioridad. ¿Me permitiré creer que ella es, hoy más que nunca, un mérito para mí, un mérito de contraste, uno de mis méritos insignificantes, que me excuse de toda pobreza mencionada por *La Veu*?

Yo, pobre articulista, tengo ya para *La Veu*, pseudónimo como los toreros: «¡Aquel de la gorra de Rull...!» Es posible que alguna vecina mía de Palma, horrorizada por la proximidad de tal reliquia, y sugestionada por el confesor, me distinga con el mismo sobrenombre... Pero, ¿qué queréis?

Yo, impenitente y relapso, sospecho que es aún preferible guardar la gorra de una desgraciada víctima, que la manivela del patíbulo en donde murió; sospecho que es preferible guardar el testimonio de la compasión hacia un desconocido innoble, que revelarse como infiel a la más elemental consideración hacia el amigo y el compañero lleno de admirativas y cordiales efusiones.

GABRIEL ALOMAR

## La mujer ciudadana...

En un artículo titulado «Por qué yo me opongo al sufragio de la mujer» dice un colaborador del «*Bren's Iconoclast*» que él lo hace, porque quiere que las mujeres, «queden siendo el sexo gentil»; porque tiene horror a todo lo que es «volverlas zafias, desvergonzadas, empedernidas, hombrunas». No hay en este mundo cosa más repugnante que una mujer que la echa de hombre, como no hay cosa más ridícula que un hombre que la echa de mujer. Revista valor el hombre y será honrado, será rey. Revista modestia la mujer, ande coronada de virtud, y será reina de sangre regia, a cuyo servicio morirá gustoso todo hombre denodado. Ande cargada de oro de Ofir, engalanada con las joyas más raras, y no obstante, si procax, descarada, falta en ella el divino pudor, los pocos súbditos que tuviere serán desleales».

«Mujer, esposa, madre: estas son las más amadas, las más dulces palabras de habla humana. Sin éstas, todas las demás no son más que un retintín de timbales destemplados».

«La esfera de la mujer es el hogar. Sin ella el hogar no puede existir. Cuando ella no comparte la vida del hombre, el hombre es infeliz. La palabra «hogar» tiene encanto porque ella está allí. Quitarla de allí, y el palacio más suntuoso se vuelve en cuchitril, «bueno para existir, no para vivir». Por humilde que sea un hogar, si cobija a una verdadera mujer, habrá en él más luz que sombra, más alegría que dolor, más gozo que pesar».

«Me opongo al sufragio de la mujer, porque lo creo una amenaza al hogar, la más lozana flor de la civilización».





Portacolas de la clerecía: Una vieja rica, un político huero, un aristócrata imbécil y un perro decente.



## Suscripción "Cruz Roja"

	Pesetas.
Suma anterior.....	6385'65
Uno (Linares).....	3'00
Eduardo Martínez (Barco de Valdeorras).....	2'00
Manuel Velilla, Manuel Piquer, Nemesio Rives, Andrés Santa-Lucía. (Todos de la Habana)	25'00
Marceliano Rivera (Piedrahíta)	5'00
Ramón Sirera (Barcelona)....	1'00
Suma y sigue .....	6421'65

## La Iglesia contra el cura

Leo en los periódicos que al abate Lemire le han negado la comunión en una iglesia, con gran sorpresa del abate y su pequeño escándalo de los fieles. Si el abate Lemire está excomulgado *nomina-tim*, es claro que no puede pedir ni recibir la comunión, y eso ya lo sabe él de sobra; pero si Lemire sólo está suspenso de sus funciones sacerdotales, nadie puede prohibirle ni negarle la comunión, porque en ese caso queda reducido á la categoría de un fiel como los demás.

Pero no es nuestro intento dilucidar aquí estos tiquis miquis de disciplina eclesiástica. Nuestro propósito se encamina á poner de manifiesto la mala fe, el odio implacable, la saña feroz salpicada de envenenada envidia con que la Iglesia persigue siempre al cura ilustrado, prestigioso y que adquiere aplauso y simpatías entre los fieles. Los clérigos del montón, los que nutren la crónica escandalosa, los que besan el zapato episcopal y carecen de juicio propio son los niños mimados, los usufructuarios de las pingües prebendas, los que tienen siempre sobre sus espaldas el manto protector de la Iglesia para paliar toda su podredumbre y todos sus desafueros. Pero si son hombres rectos, conscientes de su dignidad, enemigos de las vías oblicuas, con candal de cultura, y enemigos por instinto de prestar acatamiento á los caprichos insensatos de un mitrado, su anulación y desprestigio está decretada desde luego, aunque les ampare una popularidad inmensa y un cargo de relieve, como sucede con Lemire, y ha sucedido con otros muchos cuyos nombres figuran en los catálogos de los apóstatas, excomulgados y herejes.

Esta labor de persecución odiosa, este plan de eliminación, no toma al principio los caracteres agudos de una persecución violenta: es un trabajo de zapa lento, suave, viscoso como el reptil, que empieza con ligeros alfilerazos en la vida privada, sigue con medidas humillantes so color de disposiciones canónicas, y ter-

mina en un huracán que arranca todos los diques, frenos y respetos con tal de que la víctima quede hecha una piltrafa inservible.

Este es el camino que hemos recorrido todos los que hoy estamos fuera del amoroso regazo de la Iglesia, no por herejes, no por escandalosos, no por orgullosos, no por rebeldes, sino por haber cometido el horrendo delito de haber querido armonizar nuestra fe con nuestros deberes de hombres y de ciudadanos, la cultura y la ciencia con nuestros principios de cristianos.

Tarea inútil: había que arrojarnos al campo de la apostasía. Dentro éramos un mal ejemplo, una protesta, y una acusación continua de las deserciones de la Iglesia ante el ideal cristiano.

Era preciso empujarnos hacia fuera, cerrarnos la puerta, pero eso tiznándonos, deshonrándonos, desprestigiándonos, para que quede siempre sentado el principio de que la Iglesia sólo arroja de su seno á los impuros, á los contaminados, á las raíces podridas, pues en ella todo es puro, santo, inmaculado.

Esta es la historia de Lemire, como antes fué la de Loyson, Lovel, Globertti, Murri, Sala, Martinón, P. Ferrándiz, Pey Ordéix y la mía.

Todos arrojados de la Iglesia, según ella, que tiene buen cuidado de ocultar que nos fuimos por voluntad propia, asqueados de sus claudicaciones, de su corrupción interna, de su hipocresía, de la maldad ingénita que lleva en sus entrañas.

La Iglesia, cuando persigue al cura, llega hasta el paroxismo del furor, no queriendo reconocer en su ceguera que el cura que ella escoge por víctima es el enemigo que más daño le hace, porque la conoce bien y porque siempre se da el caso de que los perseguidos son buenos, cultos y abnegados.

FRAY GERUNDIO

## ANDANDO POR MADRID

Andando por Madrid se saben muchas cosas.

Aquí todo se charla; en voz baja las calumnias y mentiras, en alta voz lo molesto á personas; en un café lo que pertenece al público; y lo mismo cuando se habla al oído, que cuando se murmura que cuando se arregla al país, termine el asunto con un chiste.

¡Lástima que las buenas condiciones de nuestras inteligencias se apliquen á tan mezquinos asuntos!

Circula ahora una noticia que todos los periódicos han publicado, pero de la que no hemos leído ningún comentario. La noticia es la siguiente: «El señor Ministro de Fomento ha ordenado á los ingenieros estudien con la mayor actividad un proyecto de ferrocarril eléctrico que una Francia con Madrid pasando el Canal franc.»

«La mayor parte de los que han leído

esta noticia han pensado que siendo la distancia menor que por cualquiera de las otras líneas, acorta la distancia que nos separa de Francia y nos pone á seis ó siete horas de la frontera.

Otros habrán pensado en las ventajas que tiene para la nación que el Estado construya, por su cuenta, una vía que en la explotación ha de producir rendimientos.

Y alguno de los partidarios de la nacionalización de los servicios públicos se habrá frotado las manos por el triunfo de sus ideales...

Nosotros, más modestos, más desconfiados... quizá ilusos, quizá más prácticos, hemos discurrido de distinta manera.

Un Estado que cierra sus presupuestos con déficit; que tiene estrujado hasta el límite al contribuyente; Estado que se ve obligado á vender en pública subasta por falta de pago de dos ó tres céntimos de contribución, fincas tasadas en 1,50 y 2 pesetas de valor, ¿quiere gastar un centenar de millones en un ferrocarril que no es absolutamente preciso? Aquí hay algo.

No hemos sido capaces de averiguar casi nada, pero como el asunto es importante y uno de nuestros lemas es «buscar ayuda en lo que no podamos realizar», acudimos á la gran prensa, por si con sus mejores medios de información puede hacer algo más.

Nuestras averiguaciones han sido las siguientes.

Los ingenieros del Estado trabajan activamente en la confección del proyecto y han salido á los estudios de campo, sin temer al frío y á las nieves que les interrumpen algunos días.

Como va á ser eléctrico, han encomendado esta parte á un especialista, director de una importante sociedad de Madrid, cuya dirección y consejo está formado por nobles y aristocráticos señores. Alguna personalidad de gran relieve se interesa vivamente en el asunto.

Se aspira á terminar el trabajo para cuando se reúnan las Cortes, que lo aprobarán sin discutirlo.

También se nos dice que tendrá doble vía y que será del ancho que tiene la vía francesa, y esto ya nos sugiere mayores dudas.

Si en España no hay ninguna vía de ese ancho, no sirve nada del material existente y hay que traerle nuevo. Además, ni vagones ni máquinas podrán circular más que por esa vía y limitará mucho el tráfico, que sin el cambio de material que hacen hoy todas las líneas unas con otras, exigirá trasbordo, carga y descarga, como ahora se hace en las fronteras, lo cual encarecerá el precio de transporte.

En otro orden de ideas, si el ancho adoptado es el de la vía francesa, todo su material puede venir á España, y entonces ya no somos nosotros los que estamos á siete horas de la frontera, sino los franceses los que están á siete horas de Madrid.

Nosotros sí. Dentro de pocos años empezaremos á revertir al Estado las líneas ferro-



viarias. ¿Qué se pretende con la nueva del Estado de ancho distinto?

¿Será quizá justificar que las otras líneas al plazo de reversión no entreguen material móvil, con pretexto de que se va a cambiar el ancho en todos los ferrocarriles?

En los impenetrables misterios de la política internacional no entramos, pero sí por un tratado tenemos obligación de permitir que los franceses atraviesen por tierra la Península, ¿no podríamos hacer el transporte por nuestras vías con su ancho, pudiendo disponer de todo el material rodante de la nación, mejor que utilizando únicamente el de una sola línea?

No entendemos de tratos, notas ó convenios con otras naciones, pero recordamos hechos de los franceses, desde las Navas de Tolosa, donde nos abandonaron frente á los moros, hasta la guerra de la Independencia; y recordamos que por un tratado de límites, perdimos la mayor y mejor parte de nuestras posesiones del Golfo de Guinea, quitándonos el derecho al interior, cosa que no se hizo nunca hasta que nuestros amigos nos pusieron como barrera el meridiano 9.º á partir del de París; por un tratado en que se discutía la independencia de Cuba, regalamos Filipinas, y en la misma demarcación de Marruecos, basta mirar un mapa para juzgar de su amistad limitando al Este con ellos en una línea oblicua sin seguir ningún meridiano, línea oblicua que deja lo peor y menor para nosotros.

Recuerdo para terminar aquella anécdota del portugués y el español que fueron de caza y mataron una lechuza y una perdiz. Al separarse, y según convenio hecho anteriormente, debían repartir la caza, y el portugués dijo:

—Como hay dos piezas, el reparto es muy sencillo: yo me voy con la perdiz y tú te quedas con la lechuza.

—No me conformo—dijo el español, que también quería la perdiz;—haz el reparto de modo contrario.

—Para que veas que te aprecio, me conformo. Tú te marchas cuando quieras llevándote tu lechuza, y yo, aunque haciendo un sacrificio por tí, me quedaré aquí con la perdiz.

—Gracias, amigo; pero no sé cómo te arreglas que siempre me toca á mí la de la cabeza gorda.

JUAN PEREZ

## Libera nos Domine

¿Te acuerdas de aquellos días en que mostrando sonrojos retratabas en tus ojos el amor que me tenías?

¿Te acuerdas de aquellas flores que yo para tí cortaba y en las que te presentaba la ofrenda de mis amores?

¿Recuerdas con cuánto anhelo llegábamos á jurar

que ambos en un solo hogar tendríamos nuestro cielo?

¿Recuerdas que iba á tener realidad tanta ventura, cuando se interpuso un cura y lo echó todo á perder?

¿Recuerdas que una mañana, tratándome de enemigo, con tus padres y contigo fué á intrigar el *sotano*, y entre gritos y venablos de mí perramente habló y al cabo me presentó como socio de los diablos?...

No se apagó en el torneo la llama de tu querer, pero se llegó á imponer el hombre del solideo,

y un neo se llevó un día tu cuerpo, enhiesto cual palma, mas no se llevó tu alma, porque me pertenecía.

La horrible angustia vinei que casi me llegó á ahogar, y me dediqué á observar lo que iba siendo de tí.

Ya la paz no fué conmigo, investigué sin reposo, y al fin supe que tu esposo era un bárbaro contigo.

No hice más indagación, eché mano de un puñal y al marido criminal se lo hundí en el corazón...

Hoy nuestro duro calvario á los dos nos horripila: á tí el hambre te aniquila, y yo soy un presidiario.

Y sabiendo ambos que tan desgraciada situación nos vino por la intrusión de un celoso capellán,

á diario y con gran fe nos lanzamos á la Altura con esta oración: «Del cura, libera nos Domine.»

MARCELIANO RIVERA

## De política revolucionaria

Algunos la practican en la oposición, pero si consiguen el poder, la olvidan.

El mundo que no se acuerda de los precursores y propagandistas, inmortaliza á los ejecutores. Y es porque la sociedad no recibe un beneficio inmediato, no ve un resultado palpable de lo que se predica, sino de lo que se ejecuta. Los hombres de acción que en el gobierno realizan grandes cosas merecen alabanza, por el mérito de no haber sido tímidos, egoístas y calculadores como suelen serlo en el poder los políticos; pero aun más dignos de loa son los que en ambiente hostil propagaron las reformas ó las revoluciones por aquellos realizadas. Mendizábal es digno de la inmortalidad por haber iniciado prácticamente una revolución, no consumada todavía; pero más la merecen los que durante un siglo habían predicado la necesidad de

la desamortización, creando laboriosamente una opinión y formando con sus argumentos la del propio Mendizábal.

Como este ejemplo pudieran citarse muchos, que servirían para probar una cosa: la necesidad de distinguir en las épocas de propaganda á unos políticos de otros. Unos dicen lo que piensan, lo que sienten, lo que quisieran ver ejecutado, y lo dicen—lo decimos—sin eufemismos, sin escrúpulos, desinteresadamente: sembrando para que otros recojan. Y los otros, los que aspiran al Poder, realizarán tal vez aquellas cosas que se van lentamente propagando; pero no lo dicen no pueden decirlo, porque jamás triunfarian si no se mostrasen como es la sociedad, es decir, conservadores. Todas las sociedades son conservadoras por instinto de conservación. ¡El instinto de los animales!

Quien no se muestre más ó menos conservador, no llegará al Poder. Jamás, en ningún tiempo ni en país alguno han obtenido el Poder los hombres más avanzados. Para que la sociedad permita que la gobiernen hombres ó partidos liberales, es menester que la asusten otros partidos ó otros hombres más liberales todavía. En el reinado de Isabel II gobernaron alguna que otra vez los progresistas porque asustaban los demócratas; hoy gobiernan en Francia hasta los socialistas porque hay ácratas. De todas maneras, no es envidiable suerte la de los hombres que aspiren á gobernar. Se ha dicho que gobernar es prever, ó resistir, ó enseñar: no faltan definiciones; para mí, lo he dicho varias veces, gobernar es deshonorarse: no se gobierna sin atropellar á alguien, no se aspira siquiera á gobernar sin valerse de la simulación. Esto puede perdonarse al que, logrado el Poder, realiza de veras una revolución, y el mundo entero se lo agradecerá más que á los preparadores, á los propagandistas, á los mártires y á los apóstoles; pero esto no quita que el progreso universal deba más á los precursores y á los utopistas que á los prácticos, á los oportunistas y á los gobernantes.

Para gobernar es preciso tener mucha previsión y, en cierto grado, ser conservadores; lo malo es que el público se engaña algunas veces: tiene por conservadores á los insensatos y por revolucionarios á los previsores. En el período liberal de 1820 á 1823 se tuvo por infames demagogos á los progresistas «exaltados», aquellos que pedían el destronamiento del monarca, lo que hubiera librado á la nación de varias guerras civiles y de sus consecuencias. En las consecuencias audamos todavía y no sabemos cuando acabarán.

El día que triunfe la revolución, los hombres que la hagan ó los que hayan de gobernar entonces, harán ó querrán hacer las cosas á medida. Tengan en cuenta que toda acción engendra la reacción; si la acción es tímida, no dejará huellas. Inspírese en los hombres de la revolución francesa. En la cuestión religiosa, por ejemplo, no querían más ni



menos que la libertad de cultos; si se hubieran contentado con establecerla, cuando se produjo la natural reacción se hubiera restablecido la unidad católica. Por eso los revolucionarios prohibieron todos los cultos, persiguieron a los católicos, proclamaron la diosa Razón y establecieron las ceremonias más extravagantes; así consiguieron que al venir la inevitable reacción, ésta suprimiera las extravagancias y estableciera la libertad de cultos: precisamente lo que deseaban los revolucionarios.

Si nuestra revolución—la futura—no hace más reformas que las prometidas en los diversos programas, todas ellas serán abolidas por la reacción siguiente; si se quiere que perduren, es preciso en los primeros instantes multiplicarlas por diez.

○ por diez mil.

NICOLAS ESTEVANEZ

Del libro *Rastros de la vida*.

## Mitin contra la guerra

A las tres de la tarde del domingo 8 se celebró en Saint Denis un mitin contra la guerra de Marruecos, organizado por el grupo socialista español de París. Lo presidió Eduardo García, y pronunciaron elocuentes, razonados y enérgicos discursos, Fabra Ribas, Ferreiro, Manuel Pérez y Daniel Ruiz.

A continuación se dió lectura a esta hermosa carta de Luis Bonafoux:

«A Fabra Ribas:

Amigo y compañero muy querido: Materialmente no podré, por causas ajenas a mi voluntad, asistir al mitin a que me invita usted en nombre del Grupo Socialista español de París para protestar contra la guerra de Marruecos, o dicho sea con más precisión, para protestar contra la injusta é inicua guerra que Francia y España están haciendo contra todo derecho en Marruecos, por lo que Francia y España se inhabilitan *ipso facto* para protestar como víctimas contra la conquista del germano en Alsacia Lorena y del yanqui en Filipinas y Puerto Rico.

Aun se conserva en mi retina la visión trágica de aquella otra juventud de veinte años, repentinamente vieja, que en horrible peregrinación marchaba hacia Cuba en busca de una tumba anónima. La inmensa mayoría iba cayendo al surco; buena parte agonizaba en hospitales infectos, y los que regresaban después de dar su juventud para cebar al Gobierno, parecían cadáveres ambulantes galvanizados por supremo esfuerzo de la voluntad. Amarillos como la cera, con las quijadas y las clavículas al aire, con los ojos saltados por la intensidad de la fiebre, con el esputo de la tisis en la dañada boca, encorvados por la vejez del trópico y tiritando bajo los uniformes de dril, los que no tenían la suerte de ser tirados al mar bajaban de la pesebre, ra del buque que los escupía a tierra.

tomaban asiento en la perrera de un tren mixto, y con la guitarra rota sobre las deyecciones de la tuberculosis, iban castañeteando a través de las desoladas llanuras de Castilla, bailando la danza lúgubre de los huesos galvanizados. Y los que les mandaban a la muerte seguían viviendo al calor de las estufas del Congreso, diciendo en corros y corrillos que Cuba estaba perdida, pero que no había quien se atreviese a declararlo. ¡Y el ganado humano seguía yendo al matadero!...

También hoy se dice en corros y corrillos que hay que abandonar Marruecos, porque Marruecos es un surco que se traga a la juventud de España; que hay que dejar una guerra de la que España no puede sacar gloria ni provecho; pero no existe un político de fuste que tenga el valor cívico de imponer esta gran verdad allí donde deba imponerse. ¡Y, como antes, el ganado humano sigue yendo al Matadero!...

¿Cómo han podido repetirse, en tan breve tiempo transcurrido, después de perder, sin luchar casi, todo un imperio colonial, cómo han podido repetirse las mismas lástimas, iguales horrores, el gran dolor de una guerra insensata, sin prez ni lucro para la Patria, exangüe y arruinada?

¡Ah! Es que los mercaderes del templo han engañado al pueblo con el espejismo de un imperio africano—aunque tenemos en la propia casa tantas regiones que desafrikanizar—, imperio que sustituya al que se perdió lastimosamente en América y Oceanía; y el pueblo no se fijó de momento en la horrenda ironía que entraña la comparación entre una roca pelada, como el Rif, en la que España no tiene historia, y aquellos continentes, descubiertos y civilizados por ella y que son, por la pujanza de sus riquezas, como gigantescas orquestas de triunfo a través de los mares. ¡Abandonar Cuba, Puerto Rico y Filipinas para conquistar el Rif, es una imbecilidad a la altura del Himalaya!

Yo vi en otro tiempo, cuando la guerra inacabable de Cuba, miles de aïradas sombras de soldaditos que, después de perturbar con visiones pavorosas el sueño de un político, desaparecían en el surco negro de su boca monstruosa. Y yo las veo también ahora en la guerra de Marruecos, fugitivas y cayendo de cabeza en una bota de joroba siniestra...

París febrero 1914.»

LUIS BONAFoux

Escuchada la carta con religioso silencio, los concurrentes tributaron al final al autor una ovación estruendosa.

Después fué aprobada por aclamación una enérgica protesta contra la guerra de Marruecos y terminó el acto al grito del ¡Abajo la guerra! ¡Viva la paz!

En una farmacia.

Entra un cliente guasón y pregunta al boticario:

—¿Tiene usted espíritu... de contradicción?

El boticario, sin inmutarse, se dirige a su dependiente y dice:

—Muchacho; sube y dile a mi suegra que aquí preguntan por ella.

## Peladillas místicas

En las habitaciones que ocupaba el capellán en el Santuario de Nuestra Señora de la Misericordia en Canet de Mar, se ha instalado un lujoso hotel donde se sirve desde la comida más modesta al banquete más suculento.

No me parece mal la idea. Poder confortar el cuerpo después de haber confortado el alma, es lo más práctico dentro de la dinámica humana.

A más que tiene la ventaja de ser un imán poderoso para conquistar adeptos.

Yo mismo, tan reacto a las ideas del oscurantismo, a poco que me empujen me declaro ferviente devoto de aquella virgen y concurrente asiduo de aquel santuario.

Porque hay que atender, señores;

A tufo de incienso, olor a pavo trufado.

A la hostia consagrada, el gustoso panecillo.

Al vino de misa, el espumoso champang.

A las oraciones, el brindis entusiástico.

Al cardo de sacristía, la amapola de veinte abríles.

Al confesonario, el alegre nido de amor.

Al *Agnus Dei* ¡Viva la Pepa!

Verdaderamente no se puede exigir más en los tiempos que corremos.

El obispo católico de Milford-Haven (Inglaterra) Mons. Roberto Hugo Benson, firma en su libro *Cristo en la Iglesia*, recientemente publicado, que todas las personas cultas en Francia é Inglaterra se convierten al catolicismo.

Párate ahí, obispo Hugo Benson, y dájame que te llame con todas mis fuerzas ¡Embusterol!

Si tu desahogo se atreviera a afirmar que el prohombre ateo y librepensador español alardea de sus ideales en público y luego cuando llega la ocasión se casa católicamente, que bautiza a sus hijos y luego los lleva a los centros de enseñanza de los jesuitas, y que muere confortado con todos los sacramentos que la iglesia católica administra y sus despojos son enterrados en tierra sagrada, entonces discutiríamos, y tal vez, casi seguro que te diera la razón, pero afirmar que lo más florido de la intelectualidad de Francia é Inglaterra se convierte al catolicismo...

Vamos, hombre, vamos, dejate de chirigotas, que no está el horno para bollos.

PERICO BOTERO

El Consecuente, Reus.



## Hábil maniobra

Creyó la República francesa que había resuelto el problema de la enseñanza cívica suprimiendo en las escuelas públicas primarias la explicación del catecismo.

Y hoy vemos que los legisladores del laicismo se engañaron. La supresión de la doctrina religiosa no ha bastado para la emancipación de las inteligencias infantiles. No ha bastado, porque gracias á la patria potestad combinada con la libertad de enseñanza, la iglesia ha fortalecido su acción, ganando sobre la enseñanza laica el terreno al principio perdido.

Las escuelas católicas en oposición á las del Estado, tenían en 1910 un número de alumnos que representaba el 15 por 100 de los alumnos oficiales. Hoy tienen ya el 20 por 100. Y esto como término medio; pues en algunos departamentos las escuelas católicas cuentan con más alumnos que las laicas. Así, en Ille-e-Vilain hay 45.980 escolares católicos y 45.272 laicos. En Morbihan 43.773 católicos frente á 41.768 laicos. En Vannes se cuentan 11.000 niños concurrentes á las escuelas católicas y 7.000 á las laicas, y en Ploermel, 9.000 católicos con solo 4.800 laicos.

¿Ha de consentir la República que burlando la legislación de Enseñanza no confesional, el clericalismo continúe su obra deformadora de conciencias? Aun los más moderados entre los republicanos franceses han comprendido la necesidad de poner diques á la invasión favorecida por la libertad de enseñanza. Como primera providencia, tomaron la de exigir á los profesores clericales la prueba de aptitud académica. Se imaginaron los cándidos legisladores que de este modo el catolicismo carecería de personal docente. Y, en efecto, quedaron incapacitados los innumerables *ignorantinos* procedentes del clero y de los claustros. Pero la reacción vino enseguida. Hoy tienen los católicos 38 escuelas normales de maestros y maestras, es decir, de alumnos que siguen la carrera del profesorado, pasando por los exámenes oficiales á título de alumnos libres, y proveyéndose de los títulos académicos que les facultan para ejercer luego la enseñanza. El propósito del clero, ayudado por las asociaciones de padres de familia católicos, es establecer una escuela normal libre católica en cada departamento: 87 escuelas de maestros que constituyan una red bien tupida.

Obligados están los legisladores franceses á tomar otro sistema de defensa. Este sistema ha de consistir en la supresión de la libertad de enseñanza primaria. La protección del niño lo requiere. Tal es la proposición de ley presentada por el diputado M. Bread y apoyada por todos los grupos constitutivos de la izquierda parlamentaria. No creo que haya tiempo de discutir y de aprobar este proyecto en la presente legislatura, pero todo

induce á suponer que esa aprobación tendrá lugar en la legislatura próxima.

¿Y en España, qué haremos? Cuando se consiga el laicismo de las escuelas públicas se nos presentará el mismo obstáculo que estamos viendo en Francia. Mucho tememos que la poquedad de ánimo española, aun entre los hombres de ideas que calificamos de avanzados, haga imposible la resolución pronta y radical del problema. Sin embargo, algunos hemos de intentarlo, «si para entonces aún vivimos»

D. L. LAPUYA

## La religión

El Cristianismo ha muerto. Ni gobierna el sentimiento católico las conciencias, ni inspira las artes plásticas. Lutero anuló á Cristo. El libre examen es proclamado en la Reforma. Y el mismo principio originario de la Reforma acaba con el protestantismo. Absurda es la infalibilidad del taumaturgo romano, absurda la infalibilidad de los formadores de la Escritura. A través de los siglos, el espíritu de independencia se propaga y afirma. El Renacimiento trae á la vida, contristada por las austeras artes medievales, la visión confortadora de la Naturaleza exuberante. La vida es movimiento, variedad, desbordamiento de energías y audacia impetuosa. La vida triunfa en el Renacimiento. Pensadores y artistas sientense enardecidos por la pasión renovadora. He ahí las esplendideces del arte plateresco y los arrebatos de la mística...

La mística hace resurgir por un momento las inspiraciones del Evangelio. Y así, mientras la Iglesia se estatifica y romaniza, estos miseros apóstoles, impetuosos y andariego, vienen á ser los continuadores lógicos de los primitivos miseros apóstoles; y así, mientras la Iglesia, helada y formalista, reprime con la Inquisición los arrebatos de los místicos, los místicos van con sus arrebatos propagando un amplio espíritu de universal y generoso humanismo.

«Cuando se lee—escribe Balmes en su libro *El Protestantismo comparado con el Cristianismo*—ciertos pasajes de Luis Vives, de Arias Montano, de Carranza, de la consulta de Melchor Cano, parece que se está sintiendo en aquellos espíritus cierta inquietud y agitación, como aquellos sordos mugidos que anuncian en lontananza el comienzo de la tempestad.»

La tempestad estalla. En el siglo XVIII la independencia es completada. De la religión pasa la energía humana á la ciencia. Expira la fe en las venturas celestes; nace la fe—que es el Progreso, en las bienandanzas terrenales. La era de la experimentación se inaugura. Todo se renueva y perece, todo se trasmuda y acaba. Pasa el hombre, pasa el mundo, pasa el Universo. Y las generaciones, en perennal flujo y reflujo, transmitense—dice el

poeta—la antorcha de la vida, como en los juegos sagrados, de mano en mano.

Las leyes naturales no explican la forma de los individuos, minerales, vegetales, animales, hombres; no explican la aparición de la vida sobre la tierra. La causa primera es necesaria. La ciencia no dice cuál es la causa primera. La ciencia afirma que la causa primera no es inteligente ni amorosa. Observa Lucrecio que la desordenada Naturaleza—*tanta stat prædita culpa*—era imposible ser obra de una divinidad todopoderosa y omnipotente, y la ciencia ha venido á confirmar la aseveración del gran filósofo. Lo demuestran el desconcierto en el plan de la creación mundana, las aberraciones de las formas intermedias—equinódeos en el reino animal, efedras y casuarinas en el vegetal—, la repugnante existencia de los cestoides, la lucha cruenta de todos los vivientes contra todos...

Ignoramos la causa primera del Universo y aun ignoramos la misma realidad del Universo. Mas, esté el Universo en nosotros mismos y sea lo objetivo que hasta nosotros por los sentidos llega apariencia engañadora—como el idealismo radical afirma—, ó exista en realidad independiente de nosotros, el hecho es que nos sentimos vivir y que vivimos. Y esta afirmación resuelta y terminante de la vida es lo que constituye la fuerza de nuestra religión alentadora y progresiva. La religión del nirvana ha muerto. Proclamemos la religión de la vida. Nuestro culto es el trabajo y el bienestar. Afirmermos el placer; vivamos. *Mon métier et mon art, c'est vivre*—decía Montaigne...

J. MARTINEZ RUIZ

Dicen que en el pueblo de Salt, fué asaltado, no se sabe por quién, el convento de Santa Clara, llevándose algunos objetos del culto y varios cubiertos de plata.

Y que lo mismo ha sucedido en el convento del Sagrado Corazón de Santa Coloma de Farnés, llevándose también objetos de algún valor.

¿No se escaman mis lectores al leer esas noticias? Yo sí.

Es raro que en edificios donde hay tanta gente entren los ladrones como Pedro por su casa.

Y no es que yo dude que los objetos hayan desaparecido, no; de lo que dudo es de que hayan entrado ladrones en esos edificios.

Deseo que los fieles repongan pronto los artefactos robados á los frailes, á fin de que no se interrumpan las prácticas del culto. Pero continuo con mi escama.

¡Pataplum! Húndese la iglesia del Carmen en Medina del Campo, matando los cascotes á cinco caballerías que estaban junto á sus muros.

(Caballerías irracionales, no beatos; nada de maliciosas interpretaciones).

Para reedificar el templo abrióse una suscripción llenándose en seguida las listas de nombres de donantes.

De los dueños de las caballerías muer-



tas nadie se ha acordado, ni de reparar los daños ocasionados en los edificios contiguos á la iglesia.

Esto enseñará á unos y otros á huir de las malas vecindades, tanto como de las malas compañías.

## Pueblo feliz

Parece que el párroco de Bospén (Huesca) no anda muy bien con sus feligreses, como tampoco lo estuvo con los de Angües, donde antes trabajó, y de donde salió á uña de fraile para evitar que le hiciesen pupa.

Enterado el obispo de que los católicos, por no ver al cura no van á misa, fué al pueblo, invitó á una reunión al vecindario y no acudió ni un sólo feligrés, porque no quieren entenderse con ninguna autoridad eclesiástica mientras el cura no abandone el pueblo.

Me parece acertada la resolución, y la tendría por la mejor, si persistieran en su propósito aunque el cura se fuese.

Pues la prueba de que no es necesario ninguno, está en que no les ha pasado nada de particular durante el tiempo que han dejado de oír misa.

Y de que esto no es absolutamente preciso para conservar la salud y la vida, yo soy una prueba elocuente.

Habré sido diez ó doce en mi vida en los tiempos que fui á la escuela y serví en la milicia, y aquí me tienen ustedes yéndole ya á los alcances á Matusalem.

Creo, pues, que soy en este punto un argumento irrefutable.

EL OBISPO MELO EN EL HOSPITAL

## Convertir quiere á un infiel y se queda con las ganas

El hijo de Melo el tuerto ha visitado el Hospital.

Cuentan de Cristo, que cuando visitaba un pueblo acompañado de sus apóstoles, asombraba á sus habitantes con alguna cura milagrosa. Daba vista á los ciegos, concedía la palabra á los mudos, curaba á los leprosos...

Y con sus prodigios y con sus milagros hacía renacer la fe en aquellos pueblos bárbaros y concupiscentes.

Y con la visita al Hospital de Basurto, nuestro prelado ha estado á punto de imitar en algo á su divino Maestro.

Si, señores, ha estado á punto de convertir á un infiel, cosa algo difícil en estos tiempos de ateísmo.

Cuando el señor Melo recorría, seguido por escogido acompañamiento, el recinto de nuestro Santo Hospital, alguien debió hacerle cierta indicación.

En la sala Revilla encontrábase un enfermo de bastante gravedad, el cual se negaba rotundamente á recibir los auxilios espirituales.

La ocasión la pinta calva—dírase para

si el venerable prelado.—Y con dulce y candoroso talante acercóse á la cama número 34.

Allí estaba Satur, el pobre Satur, víctima de penosa enfermedad. Ya las monjas y el cura, cumpliendo un sagrado deber, habíale aconsejado la confesión.

Pero él, ateo convencido, y consecuente en sus principios, había rehusado cortésmente la indicación.

—Déjenme en paz—había dicho.—No comulgo con esas doctrinas; confiésemos los malvados, los ladrones, los pillos que durante su vida no hicieron otra cosa que gozar de los placeres que les proporcionó el dinero que no ganaron con su sudor; los que sembraron odios y persiguieron á sus semejantes como á fieras corruptas; déjenme en paz, y no amarguen, por favor, los últimos días de mi existencia.

Pero su Ilustrísima pensó tal vez que cuanto más árdua es la empresa más grandioso habría de ser el triunfo, y se dispuso á convertir al hereje.

Acercóse á la cama, y con palabras amorosas, de dulce consuelo y frase elocuente, evocando al gran Dios de las alturas, y presentando al paciente los horrores del Infierno y las bienandanzas del cielo, aconsejó al bueno de Satur se preparase para la confesión.

Pero que si quieres. Satur no estaba entonces para dulzuras ni para amarguras: bastante tenía con la pícara enfermedad que le agostaba su vida.

Con respeto, pero con entereza, contestó al obispo que siguiera su camino y que no perdiera el tiempo.

El ilustre Melo no se daba por vencido y seguía en sus trece, mientras el distinguido séquito esperaba impaciente que los esfuerzos de su amantísimo prelado vieran coronados por el éxito más completo. ¡No tenían mal!

Todas las miradas de los enfermos de la sala estaban concentradas en el número 34. ¿Quién vencería á quién? La alta dignidad eclesiástica, su gran sabiduría, habrá de influir mucho en el ánimo de Satur; por otra parte, las profundas convicciones del enfermo, hacían esperar todo lo contrario.

Por fin, Satur, cansado ya de tanto oír, y en la imposibilidad de seguir discutiendo por su delicadísimo estado con el señor Melo, dirigió á éste una mirada de reconvención como diciéndole:—Vete ya, no seas tan pelma.

El prelado lo comprendió sin duda, y con harto dolor de su corazón despidióse del pobre Satur, sin haber conseguido su propósito.

Y allá queda el enfermo, en una cama de blancura nítida, apartado de los demás pacientes, debilitado su espíritu, pero con una grandeza de alma incomparable para mantener hasta la última hora sus convicciones de toda la vida.

¡Bendito sea!

No sé si para cuando estas líneas vean la luz pública, la materia habrá terminado; pero en mi memoria vivirá siempre fresco el recuerdo de Satur el camillero.

¡Las cosas grandes no se olvidan tan fácilmente!

\*\*\*

Y ahora digo yo: ¿Qué hubiera ocurrido si el obispo gana la batalla, convirtiendo al hereje y haciéndole pasar del ateísmo al seno de la Iglesia católica?

Habrían doblado las campanas en señal de júbilo. La confesión del Satur habría-se verificado con gran pompa, y tal vez á una conversión verificada á favor del gravísimo estado de salud de un desgraciado, habría concedido el título de milagroso.

¿Que hubiera dicho «La Gaceta?»

Sus seis páginas habrían sido poco para relatar con los más minuciosos detalles el portentoso, incomparable, grandioso milagroso y archidescarchocajonizante triunfo del Ilustrísimo señor obispo Melo, hijo de Melo el tuerto.

Pero qué caramba, el horno no está para merengues, y el gran Satur no ha querido por esta vez dar gusto á la clericalería andante de nuestra querida villa.

Dios sobre todo. Respetemos su divina voluntad.

La Barredora.

Bilbao.

## PRESSENSE Y JOAQUIN COSTA

A la misma hora del mismo día en que en varias ciudades de España se conmemoraba el aniversario de la muerte de Costa, en el Salón de actos del Círculo Federal de la calle del Horno de la Mata, se celebró la velada dedicada por la Liga de Defensa de los Derechos del Hombre á conmemorar al que fué su paladín en Francia y en Europa, Francis de Pressensé.

El salón vióse repleto de público realmente devoto del glorificado, abundando los extranjeros y entre ellos los franceses por lo cual, la velada venía á ser una ofrenda del Madrid cosmopolita al insigne hombre que hizo de su corazón cuna de todos los sentimientos humanitarios, que vibraban por igual contra las injusticias cometidas en Francia contra el ciudadano francés, y contra las cometidas en los países más remotos.

Muchas veces vibró aquella alma mundial, herida por las iniquidades españolas é hizo sentir á los tiranos de acá el anatema del mundo justiciero.

Documento de reconocimiento de esta deuda, ya que no pago, ni siquiera débil, fué la velada dedicada á su memoria, preparatoria de otra más solemne en que es de esperar que el pueblo irredento de Madrid dé gallarda prueba de no ser ingrato hacia esos genios redentores que desde el extranjero asisten al suplicio del español oprimido y por ocasión laboran por su redención y dignificación, mejor, mucho mejor y mucho más eficazmente que los profesionales de acá que viven de este oficio, tan alardeado cuando no hace falta, como escondido y mucho en los supremos momentos de la angustia nacional.



Muchos fueron los discursos de la velada y muchos los temas tratados, que no pueden darse en EL MOTIN ni siquiera en extracto.

Solo recogeremos algunas notas culminantes.

Rubaudonadeu hizo la biografía de Pressensé y de su linaje social, político y religioso, haciendo resurgir al lado del gran sociólogo, descendiente de calvinistas, la figura del Padre Jacinto, derivado del monaquismo católico, confundiendo ambos su ambición en la Liga de Defensa de Derechos del Hombre, nacida en Francia y extendida luego por toda Europa.

Barriobero hizo el paralelo entre Pressensé y Costa, acusando la falta de educación cívica del pueblo español que desfila indiferente ante el atropello del débil y ante el sacrificio de los mártires; Sánchez Ocaña abordó el tema de Pressensé en la causa de Dreyffus, en parangón con la política española.

El Dr. Ovejero describió la grandeza de la acción mundial de Pressensé y de Loyson, por haber sido ellos con sus doctrinas y conducta quienes le orientaron en el camino de la libertad y le impulsaron a romper el freno de la Iglesia.

Niembro, presidente del acto, en breves y amargas palabras, dió la nota saliente: la descripción de los últimos días de Joaquín Costa, pasados bajo el peso del proceso judicial, vergüenza de un Estado que debiera descubrirse al nombre de Costa, y bajo el peso de la indigencia, vergüenza de un pueblo enriquecedor de frailes que lo embrutecen y repudiadora de los genios que se les sacrifican.

Terminó advirtiéndole que la velada no estaba concluida, sino en su preludio de otra más solemne, que a su vez será inauguración del curso de conferencias de altas cuestiones sociales que va a abrir el Centro Federal.

Para suceder a Mr. Pressensé en la presidencia de la Liga de los Derechos del Hombre, ha sido nombrado en asamblea del día 2 de Febrero, Mr. F. Buisson, su colega benemérito.

### Leyenda mística

## La Virgen de Lourdes

Lenguas viperinas, seguramente de herejes, con dañado intento han divulgado que la escena de la aparición de la Virgen de Lourdes a la pobre niña Bernardina Soubirous, no fué sino la escena de un adulterio.

Vivía en la ciudad que encabeza el rico departamento de los Altos Pirineos franceses, cierta hermosa mujer, casada con un pobre boticario. Cual acontece casi siempre en los matrimonios, todo marchó a pedir de boca en un principio; pero a la postre, desvanecidas las ilusiones amorosas, sin fruto ninguno de bendición, hastiados ambos quizás de las ternezas y caricias conyugales, el lazo que atara fugacísima pasión o interesada mira, fué poco a poco aflojándolo con sus desengaños el tiempo. Lo cierto es que tras el amor sobrevino la indiferencia; tras la indiferencia el desvío, tras el desvío la

repulsión y aún el odio, resultando por fin aquel matrimonio modelo, uno de tantos matrimonios desgraciados.

La mujer, de natural sensible, hallase a la continua dispuesta a perdonar cuantas ofensas le infiera su marido, menos una clase de ofensas: las que hieren su amor propio. Porque la mujer ama, pero sobre todas las cosas en el mundo se ama a sí misma. Puede perdonar, y perdona la mujer al esposo un extravío, cuando este no reconoce por móvil sino el placer puramente material. Lo que no puede perdonar ni perdona la mujer al esposo nunca, es que la influencia suya sobre él se merme y aún se reemplace con la influencia de otra cualquier mujer. En el primer caso, la esposa legítima sólo ve una manceba de su marido, a quien desprecia; en el segundo caso, la esposa legítima ve una rival a quien odia, porque la humilla y siente necesidad de vengar tamaña ofensa; y por lo general, no hallando otro medio más hábil, se venga haciendo correr a su esposo el mayor de los ridículos.

Fuese por que el boticario de Lourdes, hastiado ya de su mujer, buscara en otros amores expansión para su alma y deleite para sus sentidos; fuese porque veleidoso y coqueta por inclinación su mujer, no gustase de sus caricias, y en la novedad cifrara su dicha, lo cierto es que un militar de mediana graduación, oficial de caballería sino estamos equivocados, puso en tales condiciones sitio a la boticaria, quien tras simulada resistencia, al poco tiempo hallábase ya dispuesta a caer en brazos del afortunadísimo hijo de Marte.

Mas ¿cómo celebrar la apetecida entrevista amorosa? El bueno del boticario, abstraído en machacar drogas, analizar hierbas, clasificar líquidos, hacer ungüentos, confeccionar recetas, si no se acordaba para maldita la cosa de su mujer, en cambio tampoco dejaba a ésta en libertad para que hiciera cuanto le pluguiese. Siempre metido en casa, imposible burlar su vigilancia, no por impensada ineficaz y baldía. Y a los amantes apremiábales, aun a costa de un escándalo, verse pronto solos para satisfacer los apetitos de la carne, voraces siempre, mas voraces por el incentivo natural que despierta todo lo prohibido, todo lo vedado.

Ladina cual ella sola, no tardó la boticaria en procurarse un medio. Cerca de Lourdes, en el campo, existen varias curiosísimas grutas de esas que las revoluciones geológicas han por capricho formado. Pues bien, nada más fácil que, so pretexto de dar un paseo por las afueras de la población, ir a parar a una de aquellas subterráneas habitaciones, y allí, bajo el húmedo pero artístico artesanado de estalactitas, celebrar sus amantes coloquios. Pensado y hecho. A día siguiente por la tarde, hallábanse en la gruta Massabielle, sobre el duro suelo recostados, en coloquio voluptuosísimo, el bizarro oficial de caballería y la hermosa boticaria de Lourdes.

A sus transportes de amor frenético entregados, lo menos que pudieron imaginar los héroes de esta leyenda, cuento ó fábula, lo que sea, pues nosotros no tenemos empeño en darle viso ninguno de verosimilitud, fué una sorpresa fortuita ó intencionada. Con precaución para no ser vistos habían entrado, y ningún recelo a que los descubrieran abrigaban. Pronto sin embargo, pudo la amante pareja convencerse de que nada en el mundo debe fiarse a la casualidad.

De improviso y cuando con más ardor a sus expansiones amorosas los adúlteros se entregaban, aparece en la puerta de la gruta Bernardina Soubirous, hija de un pobre molinero, ida al campo en busca de leña para su hogar, y a quien se le ocurriera entonces lo que de seguro nunca se le había ocurrido, ver y escudriñar el interior de la gruta.

Considérese la turbación y azoramiento de los amantes viéndose en su propia ratonera cogidos. Al principio quedaronse perplejos, sin saber que hacer ni que partido tomar. Mas tal indeterminación, si se prolongó en el ánimo del soldado, en el ánimo

de la boticaria no duró ni lo que dura un rugido.

Para salir en trances supremos con fortuna, ni cien hombres juntos valen tanto como una sola mujer, la menos viva é inteligente. Cual en las comedias de magia, pues, surgen de improviso los personajes en la escena por escotillón, ó quizás con más pres-teza, álzase y se pone en pie inmóvil sobre una roca la infame adúltera, ocultando con el suyo el cuerpo de su cómplice. Bella en demasía. los excesos recientes del placer habían centuplicado el fulgor en sus pupilas, palidecido su tez, sombreado sus ojeras de moradas tintas, dándole a toda su faz de griego perfil, un aspecto seductor é interesante. Unid a esto su estudiada actitud, su inmovilidad marmórea, su figura de estatua, el rústico pedestal sobre que se yergue, la penumbra siempre reinante allí, donde a duras penas entran unos cuantos rayos de luz, y decid luego, no ya tratándose de una niña inocente, sino tratándose de una persona mayor, el efecto que le produciría.

Bernardina, con los ojos fijos en aquella divinidad femenil, quedóse como embelesada, sin atreverse a dar un paso. Y así hubiera permanecido mucho tiempo, de no correrle prisa a la boticaria salir del mal paso en que se había metido, y sin dilación volver a su casa. Poco trabajo le costó a la hermosa adúltera ahuyentar a la infeliz criatura. Con decirle que, a todo correr, fuese al pueblo y anunciase a las gentes como, por fortuna, la Purísima Concepción se le había aparecido en carne y hueso, estuvo todo felizmente concluido. Y Bernardina, en efecto, cumpliendo las órdenes de la que ella, en su candidez creía verdadera Madre de Dios, se hizo toda alas y voló a Lourdes a difundir por los cuatro puntos cardinales la buena nueva. Y mientras la pobre niña, sin quererlo, contribuía a fomentar el fanatismo religioso, los satisfechos adúlteros reíanse a carcajada tendida de la ocurrencia, y se iban alegres y contentos, por distintos caminos, a sus respectivos hogares.

Tal es la versión que han propalado para mengua del catolicismo y sus milagros, con intención aviesa, muchos escritores. No será cierta, ya que tiene visos más bien de novela naturalista que de tradición mística. Pero lo que si es cierto es que, cerrada por orden de las autoridades francesas la gruta de Massabielle, los especuladores de la religión en Francia, como en España, como en todas las naciones católicas, muy avisados, hicieron la siguiente deducción: si la gruta de Massabielle, por haber puesto en ella sus divinas plantas la Virgen Santísima, resulta para los fieles sagrada, las fuentes cercanas a esta misma gruta, por necesidad han de resultar milagrosas. Divulgada tal especie, un ejército de paralíticos, baldados, ciegos, cojos, mancos, invadió aquellos lugares, ansiando beber el líquido regenerador de la vida allí manante, y del cual hasta entonces nadie había hecho mérito.

Como acontece en casos análogos, hubo enfermos, que, venidos de apartadas comarcas, quizás por el cambio del clima, sanaron, y hubo enfermos que quizás por las molestias del viaje murieron. De estos últimos, nadie se acordó así que fueron enterrados; mientras que de los primeros gritó el vulgo: ¡milagro! ¡milagro! ¡milagro! No sabemos si analizadas por los médicos resultarán las aguas de Lourdes medicinales, pero sabemos que para los vividores místicos, resultaron una mina inagotable de oro nativo sin mezcla ni liga de ningún otro metal.

GINÉS ALBEROLA

## La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

LA RELIGION  
AL ALCANCE DE TODOS  
Una peseta.



# Las indulgencias

por

ROBERTO ROBERT

gó los principales gastos de la Iglesia, entonces verdaderamente militante.

Viendo el buen resultado del sistema, la indulgencia se generalizó: llegó á ser el Le-Roy, la deliciosa Revalenta de la época.

Para todo había indulgencia y todo se convertía en objeto de indulgencia; la indulgencia tomaba todas las formas; era medicina del cuerpo y del alma, purgante y salvo-conducto; era prima y regalo al suscriptor; era contrapeso de tahona y propina de feligrés.

Desde que el famoso Gregorio el Grande dejó demostrado en sus diálogos que por medio de una misa las almas salían libres del Purgatorio, la indulgencia de difuntos vino á tomar también forma de misa, y desde que los difuntos mismos se aparecieron á los católicos pidiéndoles que hicieran decir misas en sufragio suyo, y una vez obtenido ese favor, reaparecían dando las gracias y participando á sus familias que habían trasladado su habitación al paraíso, aquel género de indulgencia cobró gran crédito é hizo también cobrar mucho dinero á los sacerdotes, y la misa para redimir almas se generalizó de tal modo, que todavía se usan entre muchas personas que no han incurrido en las preocupaciones del siglo actual.

El hombre es animal que duda, y por consiguiente, hubo quien dudara de si la Iglesia podía ó no conceder indulgencia á las almas del purgatorio.

Santo Tomás resolvió este punto con el brillo que era de esperar de su fe.

—Si, dice el santo, la Iglesia puede conceder á las almas del purgatorio esas indulgencias. La prueba de que puede está en que lo hace, y ¿cómo hemos de imaginar que quiera engañarnos?

Además, si la Iglesia posee el tesoro infinito de los méritos de Jesucristo, ¿quién puede impedirle que lo aplique á la salvación de los muertos lo mismo que á la de los vivos?

Y tenía razón. Tenía razón lo mismo que aquel labriego á quien le contaban que un santo decapitado, cogiendo la cabeza entre sus manos, había echado á andar hasta una eminencia donde muchos años después le erigieron una ermita.

El clérigo narrador le hacía notar la distancia que mediaba entre el lugar de la decapitación y la capilla á donde el santo había llegado, y el labriego respondió con la misma inocencia que el angel de las Escuelas:

—En esos casos el primer paso es lo admirable; lo demás no.

Pues es claro. Si la Iglesia indulta las almas de los vivos, con más garantías puede indultar las de los muertos, que no pudiendo volver á pecar, no la dejarán mal.

La católica teoría de las indulgencias en forma de misas para redimir almas del purgatorio, llegó á ser uno de los datos esenciales para todo fundamento de raciocinios, y «en el siglo xv los teólogos llegaron á discurrir muy gravemente sobre el tema siguiente: si el Papa tiene poder absoluto sobre las almas, ¿por qué no pronuncia una palabra que deje de golpe deshabitado el purgatorio?»

De ahí vino el explicar ese poder, diciendo que los Papas no podían redimir las almas por el solo efecto de su voluntad, sino que las indulgencias aprovechaban por vía de *sufragio*: es decir, que los méritos de un tercero servían para pagar las deudas de los muertos.

Teniendo los vivos un medio semejante para emplear con provecho sus capitales, bien puede considerarse que aquellas generaciones cristianamente educadas, no dejarían nada que desear á los difuntos.

Entonces, con más fe que nunca, se predicaron hermanadas las dos ideas de que el hombre es muy malo y Dios sumamente misericordioso.

Estas dos ideas llevaban consigo el siguiente raciocinio: el hombre es muy malo; luego lo más probable es que mis difuntos no entrarían de mogollón en el cielo. Pero como Dios es tan misericordioso, tampoco los habrá arrojado desde luego al infierno, sino que los tendrá en el purgatorio, y como del purgatorio es posible redimirlos, caigan misas sobre ellos.

Y así lo hacían, y la riqueza de las iglesias aumentaba prodigiosamente, y en muchísimos balcones del purgatorio se veía el rótulo de papel blanco con que se indica que hay local para alquilar.

No podía suceder otra cosa. En ciertos días por fuerza hubo de haber empujones á las puertas del purgatorio con la prisa de salir almas.

El Papa concedió á ciertas iglesias y á ciertos altares indulgencias perpetuas; de manera que, como es de suponer, aquellas iglesias y altares alcanzaban gran supremacía sobre todas las demás, y una misa bien pagada en aquellos privilegiados recintos, valía más que cien misas celebradas en la plebe de los otros altares é iglesias.

En Roma sólo hubo cinco iglesias, cuyo privilegio era tan excelente, que con

cada misa que se decía en ellas salía indultada un alma del purgatorio.

Así que Dios oía decir al cura *Ite missa est*, daba desde el cielo el grito de «¡Fulana, con lo que tengo!» y el alma redimida apagaba de un soplo su correspondiente trozo de llamas, liaba el petate y se iba tan serén al paraíso.

En los altares privilegiados se comenzaron á usar con este motivo aquellos rótulos semejantes á los de los memorialistas, cuyo texto claro y ajeno á toda inseguridad, decía: «Aquí se saca un alma del purgatorio por cada misa.»

Y el Papa Clemente VI declaró en una célebre bula que tenía á su disposición el inagotable tesoro de los méritos de Jesucristo, y que no sólo alcanzaban para todos los que obtuviesen indulgencias, sino que los méritos mismos de éstos se añadían al tesoro ya citado; de suerte que cuanto más se echaba mano de ellos, más aumentaban.

Entonces la salvación del alma empezó á ser fácil á las clases acomodadas de la sociedad, que merced al trabajo de los siervos, lo mismo que hoy día, iban sustentando el peso de las cargas públicas y contribuían al brillo de las santas reliquias y á la celebración de milagros, como después sostuvieron el esplendor de la Inquisición, y como más adelante ofrecieron sus vidas y haciendas á los gobiernos fuertes, y posteriormente celebraron el rasgo magnánimo de la piadosa Isabel II, y últimamente firman las exposiciones favorables á la elevación de Montpensier al trono que pueda levantarse en España.

Entonces, «el pecador (como dice muy bien Pablo Sarpi, sacerdote cristiano), paga sus deudas con una cantidad equivalente á los méritos que se aplica del tesoro de la sangre de Jesús.»

Pero ya hemos dicho en otra ocasión que aquella sociedad espiritual que sin tacañería pagaba en dinero á los corresponsales de Dios en la tierra los perdones que de Dios había de recibir en el cielo, aquella sociedad, repetimos, era poco ducha en materia de aritmética, y como todo saber se había refugiado en la Iglesia, el Papa, conocedor así de lo mercantil y monetario como de lo teológico, estableció una tarifa de precios para las respectivas indulgencias de todos y cada uno de los pecados, modelo de equidad, de justicia y de ciencia rentística.

En aquel modelo arancelario estaban hechos ya todos los cálculos, y en cada

(Continuad)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID